

Año XXXIII

Madrid, Jueves 2 de Enero de 1913.

Núm. 1.

## Explicación de la lámina

A las tres y media de la madrugada del día 20 de Diciembre de 1873 se acercó el hijo del bandolero Cucala á Sagunto con 50 caballos y 2.000 infantes, y abrieron, sin que nadie lo advirtiera, un pequeño boquete en la muralla del *Canal Gros*, junto á la plaza *de los Porcs*, por el que entraron uno á uno los individuos de cuatro compañías, con el cabecilla al frente; se acercaron sigilosamente á la guardia de voluntarios del portal de Teruel, é hicieron una descarga que les permitió posesionarse de aquel punto, por donde comenzó en seguida á entrar toda la fuerza, corriéndose inmediatamente por la falda del monte del Castillo para impedir la retirada á los voluntarios de la población. A las siete estaban todos los carlistas dentro de Sagunto.

Grande y dolorosa sorpresa fué la de los liberales, cuando los cañonazos del Castillo les advirtieron de lo que ocurría. Conforme iban saliendo de sus casas para dirigirse al Castillo eran cazados alevosamente.

Equivando pasar por las calles que enfilaban los cañones del Castillo, comenzaron á realizar el programa de incendios, robos y asesinatos que forman su credo. Pegaron fuego á la casa de la Villa, donde estaban establecidos el juzgado, el teatro, la cárcel y una escuela, quemaron los importantísimos documentos del Archivo y escaparon los presos.

Rociaron de petróleo las cuatro puertas del recinto fortificado, las incendiaron, y destruyeron la muralla.

El 21 llegó Pascual Cucala con 100 caballos, tomó el mando de la fuerza, y al día siguiente, después de exigir cuatro trimestres de contribución, comenzó el saqueo.

Apaleaban á los que no accedían de buena voluntad á sus exigencias, abrían á balazos las puertas cerradas, y robaban cuanto les convenía. La casa del alcalde fué saqueada por completo, destrozando todo lo que no pudieron llevarse.

Fueron presos los mayores contribuyentes, encerrándolos con varios voluntarios aprehendidos, y enviándolos aquella misma noche á Gilet. Un anciano de ochenta y cuatro años, D. Martín Torner, pudo librarse, por haberse ofrecido á sustituirlo su hijo.

Afortunadamente para la población, al enterarse de que fuerzas de la brigada Goltin se aproximaban, escaparon los

carlistas á la desbandada, en dirección de Segorbe los unos, de Vall de Uxó los otros y dirigiéndose Cucala á Gilet, donde estaban los prisioneros y los rehenes. Estos eran 23 y los voluntarios 17.

El día 23 salió Cucala con ellos para Vall de Uxó y el 24 para Onda; y al llegar al *Pla de los garrofers*, ante la pequeña aldea de B.chl, hizo detenerse á todos, mandó que se colocaran á un lado los contribuyentes y al otro los voluntarios, y apenas terminada la separación, volvióse hacia los últimos y les dijo:

«El que quiera confesión, que la pida enseguida.»

Quedáronse atónitos, sin saber lo que les pasaba, y creyendo no haber oído bien: aquellos desventurados no podían concebir tamaña infamia, tanta crueldad.

Uno de ellos, al ver que el cura que llevaba Cucala, envuelto en una capa blanca como él, no se movía para cumplir su ministerio, creyó que aquello había sido solamente una amenaza y se adelantó para hablar al cabecilla; á las primeras palabras que le dirigió oyó una descarga cerrada; volvióse, y vió revolcarse en el suelo á sus compañeros exhalando ayes de angustia y de zozón.

Mientras duró la matanza, los rehenes volvían la cabeza llenos de espanto para no verla, y los carlistas les obligaban á mirar, amenazándoles con hacer lo mismo con ellos. Uno, que comenzó á perder el color y á temblar, recibió un bayonetazo en un brazo, con la advertencia de que se fijara en aquel cuadro de horrores.

A poco, todos los voluntarios yacían en el suelo, cadáveres los más, mortalmente heridos los otros...

Este se despedía con lastimera voz de su esposa y sus hijos... Aquel conagraba á sus padres sus últimas lágrimas de dolor... Otros maldecían á aquellos miserables.

¡Y en tanto el cura, envuelto en su capa blanca, contemplaba aquel criminal espectáculo, sereno, tranquilo, sin que subiese de su corazón á sus labios una frase de consuelo, una palabra de perdón!

Pareciéndole al bandido Cucala (á quien periodistas canallescos llaman *santo*, porque rezaba después de asesinar y robar) que el acto se prolongaba demasiado, ahogó las voces de los moribundos volviéndose á sus gentes y gritándoles: ¡*Acabeu!* Y uniéndolo la acción á la palabra, espoléó su caballo y pasó por encima de aquellos infelices con el resto de la fuerza, tanto de infantería como de caballería acabando de matar á los que aún alentaban, destrozando horriblemente los cadáveres con sus lanzas y bayone-

tas, y mutilándolos de tal modo en la<sup>a</sup> varias veces que pasaron sobre ellos, que algunos de aquellos asesinos se entretenían en jugar á la pelota con sus piernas, con sus brazos separados del tronco, con sus cabezas.....

El voluntario que se acercó á hablar á Cucala y que pudo escabullirse gracias á que en cuanto oyeron la primera descarga los carlistas corrieron alborozados á presenciar en primera fila los asesinatos, se llamaba José Moros, y permaneció escondido en unos repliegues del terreno hasta que desaparecieron todos los carlistas.

Al acercarse después al sitio de la carnicería encontráronse al alcalde de Bechl, que estupefacto, horrorizado, contemplaba aquella escena de pesadilla; le dijo quién era, y entonces le suplicó el alcalde que le ayudara á identificar los cadáveres, cosa que le hubiese sido completamente imposible á no conocerlos personalmente á todos; de tal modo se habían cebado en ellos y exparcido sus miembros por aquel campo de muerte y desolación.

He aquí los nombres de aquellos mártires de la Libertad, sobre los que hoy escupen los descendientes de aquellos facinerosos:

Rimón García Estopiñá.—José Baquero Llesma.—Ignacio Raugel García.—Bautista Sansano Palanca.—Antonio Alcázar Abril.—Vicente Mateu Antonino.—Cástor Muñoz Gómez.—Baltasar Masía Llesma.—Vicente Gómez Roca.—Ramón Vicent Andreu.—José Martínez Beltrán.—Andrés Vitoria Rius.—José Alexandre Ferrer.—José Maties García.—Ramón Giscó Mora.—El Carabinero, natural de A'gar.

¡Entre los muertos había un niño de catorce años!

¿Y los rehenes?

Al acabar el destrozo de los cadáveres de los voluntarios, advirtió Cucala á los rehenes aterrorizados, que les aguardaba igual suerte si dentro de tres días no le entregaban en Onda 16.000 duros, que luego redujo á 8.000, permitiendo que fuera una comisión á buscarlos.

Salieron los cuatro que la formaron, el Sr. Larivière y otro compañero para Sagunto, el Sr. Martín y Roig para Burriana y el Sr. Pallarés y Burcet para Valencia, y, reunida la cantidad, volvieron á entregarla, siendo entonces puestos en libertad todos.

De esta manera cobarde, sangrienta y horrible se desarrollaron los sucesos de Bechl: *asesinando á 17 hombres por robar 8.000 duros!*.....



¡ESTE ES EL CARLISMO!.....

Si, este es. Echar exclusivamente la culpa de estos horrores á quien los ejecuta, sería enorme injusticia. Alcanza la responsabilidad por igual á todos los que los consienten, los aprueban ó no protestan contra ellos. Y en el crimen de Bechl hay alguien más infame que el asesino Cucala. El titulado general carlista que más tarde, cuando fué á encargarse de las fuerzas del Centro á pretexto de contener en sus ferocidades á Cucala, dijo á los que estaban presentes cuando recibió una exposición de Sagunto en que se hablaba de los sucesos de Bechl: *Aún hizo poco.*

¿Que quién fué este hombre inferior al facineroso Cucala? Un tal Manuel S. Palacios, carlista auténtico, indiscutible, que al pronunciar esa frase estuvo dentro del credo, del programa y del espíritu sanguinario y ladronesco del carlismo.

Carlismo al que hoy tolerar, mimar y favorecen los gobiernos de la restauración, y al que se envanecen de pertenecer todos los educados en los colegios clericales, todos los podridos de corazón, todos los castrados de cerebro, todos los que se sienten ladrones, todos los que aspiran á asesinos.

JOSE NAKENS

## Hora solemne

Comienzo á cerrar este número la tarde del lunes, día en que se planteará la crisis, que acaso se resuelva el martes.

No he conocido otra que tantas inquietudes y temores haya despertado en el país: sólo las de cambio de régimen.

Cuando este número se reparta, ya estará resuelta.

Si siguen los liberales, España estará relativamente de enhorabuena hasta Marzo ó Abril por lo menos. Si entran los conservadores, nadie puede profetizar lo que ocurrirá en plazo más ó menos breve.

Los radicales han celebrado un mitin en Barcelona y otro en Zaragoza, excitando al Pueblo á que se oponga á la vuelta de los mauristas, y la Conjunción va á celebrar otro en Madrid el día 1.º, con el mismo objeto. ¿No será tarde?

Hace tres semanas escribí el artículo que va á continuación, y que retiré á la hora del ajuste, por si los rumores sobre la vuelta de los conservadores se desvanecían. Hoy me pesa haberlo retirado.

Lo incluyo en este número, porque ya no puede influir para nada en la opinión, lo mismo si continúan los liberales que si los conservadores suben. Mas quiero dejar sentada la mía, por si pudiera servirnos de lección y enseñanza para el porvenir. Y no digo más por hoy.

## ¡A los republicanos

Se acerca á todo correr la hora de realizar amenazas, justificar arrogancias y cumplir promesas.

La Conjunción se formó para impedir la vuelta de Maura al poder: el partido radical ha dicho mil veces que Maura no vendría. Y á pesar de eso, Maura viene. Y viene pronto.

No quiero discutir ahora el por qué viene, ni si nos alcanza gran parte de culpa en su vuelta.

Mi propósito hoy es únicamente rogar á mis correligionarios que se haga cada cual las preguntas que voy á apuntar, y que se las conteste imparcialmente, serenamente, sin recordar lo pasado, pensando en el porvenir, y teniendo muy en cuenta la situación en que nos hallamos al presente.

Dada la división en que estamos, ¿podemos oponernos eficazmente á la vuelta de los conservadores?

¿Debe ninguna fracción lanzar á un sacrificio estéril á sus partidarios, por no desmentir las afirmaciones hechas hace tres años en momentos de indignación justificada?

Si los jefes de las fracciones nada han hecho durante ese tiempo para organizar las fuerzas, ¿tienen hoy derecho á exigir que se alcen sin cohesión, sin plan y sin medios de lucha?

¿Podemos, hallándonos ya á la defensiva como los turcos, rehacernos en corto espacio y tomar la ofensiva contra los búlgaros que nos han ido acorralando poco á poco?

¿Hay siquiera la posibilidad más remota de que, si caemos vencidos, caigamos con honra?

¿O conviene, por el contrario, comenzar desde ahora, ya que moralmente estamos derrotados, á sacar de la derrota las enseñanzas debidas, y variar por completo de conducta?

Sé que estas mis palabras sonarán mal en muchos oídos; pero como deben pronunciarse, y nadie las pronuncia, las pronuncio yo.

## Rectificación de conducta

Hablando de la probable vuelta de Maura al poder, dice *El Mercantil Valenciano* al final de un razonado artículo:

«No ha de sorprendernos, pues, que cerradas las Cortes y planteada la cuestión de confianza, sea llamado Maura al Poder, ¿En qué situación quedará la Conjunción republicano socialista, si en cerca de cuatro años no ha sabido, ó no ha podido, ó no ha querido procurarse los medios para hacer efectivo el veto de que tanto se ha hablado?»

Prepara la Conjunción un gran mitin para oponerse á que Maura vuelva á escalar el Poder. ¿No prueba el anuncio de ese mitin que la Conjunción no tiene aún los medios para realizar el fin á que obedeció su constitución? Los ecos de ese mitin, ¿podrán influir en la solución de la crisis que se aranca?

Ignoramos los motivos en que se fundan la mayoría de los periódicos republicanos para no admitir la posibilidad de una solución Maura, y anhelamos como el que más que esa solución sea imposible. Pero

si lo fuera, si Maura vuelve al Poder después de todo lo que se ha dicho y se ha escrito durante cerca de cuatro años, nuestra situación sería ridícula en grado superlativo. Y el ridículo mata.»

Tiene razón *El Mercantil*: la vuelta de Maura al poder sería desastrosa para muchos hombres del republicanismo, mas quizás fuera conveniente para el partido, si ella le hacía meditar en la triste situación en que estamos y le decidía á ponerle remedio de una vez.

Porque la situación es ya insostenible, y bochornosa y ridícula: un año más en ella, y no podríamos decir ninguno, *soy republicano*, con el orgullo que lo hemos dicho hasta hoy.

El año que ha terminado, hay que tener el valor de confesarlo, ha sido fatal para nosotros.

En el Congreso nuestros diputados han consentido, sin llevar su protesta hasta el último límite, que se cercene la inmunidad parlamentaria y que se aprueben unos presupuestos ruinosos. En cambio han tenido que defenderse los que fueron allí á acusar; que sufrir la vergüenza de ser juzgados, los que fueron elegidos para juzgadores. Si algo se dijo allí digno de ser aplaudido, por lo energético y lo patriótico, monárquicos lo dijeron.

Allí y fuera de allí, hemos cultivado esmeradamente la semilla del odio entre las distintas fracciones; se han silbado y se han agredido por turno los partidarios de éste o aquél jefe; hemos llevado los encendidos políticos al extremo de haberse interpuesto un cadáver entre el partido radical y el reformista.

Los carlistas nos han matado dos correligionarios en San Feliú y en Granelers, y han osado agredirnos en poblaciones como Barcelona, Valencia, Bilbao, Eibar y otras cuantas; y no ha habido un diputado que alce su voz en el Congreso contra la tolerancia de los Gobiernos que han consentido y consienten la organización militar del carlismo...

Hemos perdido en la opinión española mucho prestigio y muchas simpatías, por las torpezas que hemos cometido y las amenazas de Énano de la Venta que hemos lanzado. El mitin ferreterista celebrado en el teatro de la Gran Vía con una inoportunidad incomprensible, dió lugar á incidentes que favorecieron exclusivamente á los conservadores.

A continuación de este artículo voy por fin á insertar el que entonces escribí y que no publiqué, porque hubiera coincidido con la noticia del mitin que celebraron el domingo siguiente en el mismo teatro las Juventudes monárquicas, para insultarnos cual nunca lo habíamos sido, y para atribuirnos palabras que no habíamos pronunciado y actos que no habíamos realizado.

Si continúan ahora los liberales, variemos de conducta, como en otro lugar digo, y pongamos al partido en condiciones de responder á todas las eventualidades del porvenir.

Y si entrasen los conservadores, apun-



temos en nuestro haber la desventura de haber contribuido poderosamente a su vuelta, y pidamos a una organización nueva lo que no ha podido darnos la actual.

## Idea desdichada

De tal califico la de la celebración del mitin en el Teatro de la Gran Vía para resucitar lo de la revisión del proceso de Ferrer.

Casi me la hubiera explicado el día del aniversario, ya que nos hemos dado a honrar a los muertos por lo que hicieron, en vez de dedicarnos a hacer méritos para eclipsar los suyos. ¿Pero a los pocos días?...

Y no vaya a creerse que hablo de este modo por ser poco partidario de los mitins, no.

Comprendo que se celebren para manifestar un estado de opinión.

O para juzgar conductas, exponer programas, marcar orientaciones nuevas.

O en son de protesta contra abusos, infracción de ley, injusticias, ó escándalos administrativos.

Por comprender, hasta comprendo que se convoque al Pueblo en épocas electorales para ofrecerle derribar la monarquía en el Congreso.

Lo que no comprendo, lo que no me explicaré nunca, es que a los tres años del fusilamiento de Ferrer se le ocurra a nadie convocar a un mitin para pedir la revisión del proceso, a conciencia de que no han de concederla.

Si lo han hecho para demostrar a los extranjeros que en España hay también hombres que se indignan y protestan contra la injusticia, un poco tarde se me antoja. Indignaciones que van a remolque de otras y que necesitan tres años para incubarse, quizás no merezcan llamarse así.

Y si lo hubieren hecho, que no lo creo, para responder con un acto de resonancia a las impacientes que se los piden de otra clase, sospecho que se han equivocado, no sólo por la escasa importancia del resultado obtenido, sino porque algunas de las cosas que allí se dijeron han venido a confirmar las apreciaciones que sobre Ferrer han hecho y hacen aquellos que lo fusilaron.

¿Que esto no puede en ningún caso servirles de argumento para justificar el asesinato legal que cometieron? Conformes. Pero no podremos negar que, sin el fusilamiento de Ferrer, la protesta contra la brutal y sanguinaria represión no habría alcanzado, ni en España ni en el Extranjero las proporciones que alcanzó, aun cuando en los procesos de todos los fusilados hubieran concurrido las mismas circunstancias que en el de Ferrer.

No, no hay medio de negar esto:

La gran repercusión que el hecho tuvo, se debió principalmente a que el mundo vió en el fusilamiento de Ferrer algo más que los errores ó los amaños de un proceso, algo más que infraccio-

nes legales, algo más que faltas de justicia. Vió la inmolación de un hombre superior, la muerte de un sistema pedagógico progresivo, el zarpazo de un odio concentrado, la satisfacción de una venganza que estuvo tres años en acecho de un pretexto... Y al ver el mundo todo esto, agrandó la figura de Ferrer, la colocó en el alto pedestal de los héroes y los mártires, la deificó...

Y ahora se celebra ese retrasado mitin, y por boca de sus oradores, se entera el mundo de que aquí, en su patria, no ya los monárquicos que lo fusilaron, sino quienes lo conocían, los que lo trataban, los que por afinidad de ideas debían simpatizar con él, relegan a la categoría de leyenda cuanto en elogio de Ferrer se ha dicho como hombre de ciencia, como pedagogo, como ilustrado, como revolucionario, y...

Siento mucho repetirlo, mucho: la idea de ese mitin no ha podido ser más desdichada: por lo extemporánea, por lo ineficaz, por las simpatías que nos ha restado donde deberíamos buscarlas y mantenerlas siempre; y porque, (y esto es lo más lamentable), si por una parte hemos demostrado a los extranjeros que también nosotros sabemos pedir justicia a tres años fecha, por otra los hemos enterado de que casi coincidimos con los conservadores en el juicio que forman de Ferrer.

Y esto, que no enaltece la memoria de Ferrer, ni nos favorece a nosotros, sirve admirablemente a los fines que persiguen aquellos que lo sacrificaron.

## Carta de par en par

¡Pero, señor, qué cosas pasan!

Propone *Ideal*, semanario de Zaragoza, que me hagan un Homenaje por tozudo, y porque no lo acepto, se me viene echando roncas y diciéndome que se hará aunque yo no quiera, porque nadie gana a tercios a los aragoneses.

Yo podría contestarle en este punto, lo que aquel ciudadano a su hijo: «¿Pero quiere usted enseñar a su padre a hacer chiquillos?», mas no lo hago por escrúpulos de modestia.

También pudiera recordarle lo del individuo aquel que cabalgaba en un burro hacia la horca, y al ver correr frenéticamente a los aficionados al espectáculo, les dijo con la tranquilidad relativa que puede tenerse en esos trances: «No correr, no correr, que hasta que yo no llegue no empieza la función.»

No estaría tampoco mal decirle, que lo primero que se necesita para un guiso de liebre es la liebre, y que no estoy dispuesto a dejarme cazar ni con elogios que agradezco mucho, ni con argumentos que me convencen poco.

Mas nada de esto le recordaré ni le diré. Lo único de que quiero enterarle, es de que me conoce mal quien crea que puede ganarme a terco.

*Ideal* no ha pensado en que yo admito sin protestar que se me dispute otra

cualidad cualquiera; ¿pero la de terco? Nunca. ¡Pues apenas llevo años haciendo méritos para aspirar a ese campeonato!

¿Venirle con terquedades a un hombre que se ha pasado la vida empeñado en algo más imposible de descubrir que el movimiento continuo ó encontrar la cuadratura del círculo,—hacer la unión de los republicanos,—y que sigue, a pesar de todos sus fracasos, erre que erre?

¿Soñar en que pueden superar en testarudez a un ciudadano que lleva desde el año 1876 combatiendo al clericalismo sin vacilar un momento, ni aun viendo a muchísimos de sus correligionarios rendir pleitesía a la Iglesia?

Ya se desengañará *Ideal* y todos los aragoneses, de que en eso de terquedad, tozudez, testarudez, y todos los boquibles que signifiquen lo mismo, hay quien les gane: el autor del siguiente artículo, que tenía ya escrito antes de leer la *Carta abierta* que me ha dedicado *Ideal*, ese periódico que me era tan simpático, pero que va a hacerse aborrecible por la pretensión de superarme en lo terco.

¡Mire usted que pretender serlo más que yo, y jactarse de que se saldará con la suya en esto del Homenaje!

Lea, lea lo que va a continuación, y quedará convencido de que no debe insistir en quitarme lo único que tengo: el derecho a suplicar a los que me quieren que no me pongan en ridículo, confundiendo de paso con los que, cuando no los solicitan, aceptan ó consenten que se les tributen honores que yo siempre rechacé y ovaciones que nunca consentí.

## ¡NO, NO Y NO!

No pensaba haber vuelto a hablar de lo del *Homenaje*. Pero al ver que se van adhiriendo a la idea de *Ideal* varios periódicos, vuelvo a repetir que no lo acepto.

¿Razones? Las que he dado.

La satisfacción que pudiera producirme el Homenaje, la he saboreado ya al confirmarme ahora en lo que hace tiempo sé: que tengo grandes simpatías entre mis compañeros en la Prensa, y entre los que saben lo que cuesta perseverar en un propósito en un país donde la opinión pública es tan variable, y entre los que trabajan sin pensar en el premio. Y sabiéndolo yo ¿qué necesidad hay de esteriorizarlo en forma alguna? Lo que resta por hacer tiene poca importancia y hasta pudiera la posesión dejar algún hueco al desencanto. La realidad es siempre inferior al sueño, y yo fui siempre un soñador impenitente. Y todavía colea.

Si coleará, que muchas veces, al mirar el soberbio edificio que se alza frente a mí, el de los jesuitas, y ver parados a sus puertas multitud de coches y automóviles, sueño que desde este piso bajo a donde apenas viene nadie, puedo yo, con una pluma y unas cuartillas de papel preocupar a los que son visitados por magnates y gobernantes; a esos que corren el oro que poseen a montones compran



conciencias y doblegan caracteres, y que no se atreven, sin embargo, á suponer siquiera que pudieran en ningún caso adquirir la mía ni torcer el mío?

Y rindiéndome yo á diario este Homenaje á mí mismo, y hallándome además recibiendo ahora ese otro tan grandioso, tan inmenso que me rinde el odio clerical, ¿no les parece á mis queridos compañeros que sería crueldad excesiva en mí el obligar á mi espíritu, no tan robusto ya como solía, á soportar las honras emociones de tres Homenajes á la vez?

Quisiera que también se fijaran en esto

El pasado obliga: lo que se ha dicho debe justificarse y lo que se ha hecho mantenerse. Lo del Homenaje, aceptado por cualquiera, no tendría mas importancia que la que le diesen la ocasión y el sujeto: aceptado por mí, emborronaría toda mi vida. Y como mis compañeros quieren honrarme precisamente por haber hecho esa vida, la contradicción alcanzaría también á ellos.

Y no es que yo crea que el hombre no debe olvidarse nunca de lo que ha dicho ó ha hecho. Por el contrario; creo que debe escupir sobre su historia, por limpia que esté, en bien de su patria ó de las ideas que defiende: en estos casos la inconsecuencia es una virtud. «¿Un hombre al mal! ¿Qué importa, si el buque no se detiene por eso?» ¿Pero por alcanzar un provecho, ó satisfacer una vanidad? No; eso es mezquino, es despreciable, y eso no lo hago yo: por varias razones, la principal, por no desmerecer a los ojos de los que, cegados por el cariño que me profesan, no vieron este aspecto del Homenaje.

Como tampoco vieron este otro:

Si yo condeno á los que ponen cinco céntimos á réditos de bienaventuranza eterna, siendo un deber moral socorrer al necesitado, ¿cómo admitir que se me premie por haber llevado también mi egoísmo hasta el extremo de no hacer ja más sino aquello que he sentido y que he pensado, olvidándome siempre de lo que me ha convenido? Habrá que premiar entonces á todo el que pensara y sintiera como yo, que son muchos, pero que no han podido manifestarse por no tener un periódico donde decir sin trabas cuanto se les ha ocurrido. Bien mirado, quizás deba yo sólo á esto el haber resultado como resulto. Désele un periódico á muchos escritores que laboran en los que no son suyos, y dejaré yo de ser una especialidad. Hay muchos por ahí que quieren y no pueden.

Y ya puesto á poner tachas á la idea del Homenaje, allá va otra:

Yo he hablado y obrado en contraposición constante á casi todos los republicanos de renombre. Rendirme ese Homenaje, sería censurarlos indirectamente. Y resultaría esta contradicción manifiesta: que me honraban á mí por no haber hecho lo que ellos, los mismos que los siguen, ó los defienden, ó no los echan por la borda.

Y no quiero decir más, no sea que vaya á salir por algún registro que disguste á algunos.

¿Mas por qué callar lo que pienso? Yo debo á mis compañeros toda la verdad.

Me molestaría extraordinariamente ver ciertos nombres figurando en el Homenaje, por no haberse atrevido quienes los llevan á colocarse enfrente de la Prensa republicana y de la masa popular. Aunque los he despreciado toda mi vida lo bastante para no preocuparme de su opinión, confieso que en este caso me produciría mal efecto. Y no estoy ya para recibir sacudidas muy intensas, ni en mi organismo, ni en mis sentimientos. Para lo único que me hallo fuerte aún, es para recibir ataques de los enemigos declarados. Para esto,

Yo soy como aquel navío cuando lo están carenando; mientras más golpes le dan, más firme se va quedando, que dice la antigua copla popular. Por otra parte, me indignaría ver juntos en mi Homenaje á los que no atendieron mi ruego cuando los invité recientemente á unirse para trabajar por la venida de la República.

Creo que este último párrafo ahuyentará de mis amigos la idea, si es que la abrigan, de que el quijotismo influye exclusivamente en mí negativa. La he razonado, como han visto, aunque sin orden ni hilación, tal cual lo hubiese hecho hablando con cada uno de ellos particularmente. Fui siempre enemigo de emplear frases aparatosas para emitir ideas sencillas.

Una se me ocurre en este instante, que, cuadre ó no cuadre, he de encajar aquí, por creerla capaz por sí sola de hacer desistir de la del Homenaje á mis amigos. Esta:

Daríamos todos un deplorable espectáculo al país, si estando en la situación que estamos, fraccionados, insultándonos, agrediéndonos, sin rumbo ni orientación fija, sin ocuparnos apenas de los problemas vitales, el económico, el militar, el jurídico, el eclesiástico, ni de la emigración constante, ni del armamento del carisma, etcétera, nos viera perder el tiempo en discutir si debo yo resignarme ó no á recibir un Homenaje que el cariño de mis compañeros en la Prensa me ofrece.

No, no... dejemos eso á un lado; tenemos algo muy grande y transcendental que hacer, para fijarnos en nonadas; algo que deberíamos haber hecho ya: fundir en un organismo fuerte y poderoso las voluntades y los esfuerzos de todos, para ver si nos ponemos pronto en condiciones de llegar á influir prácticamente en los destinos de la patria.

D y, pues, por recibido el Homenaje, rindo á todos el de mi agradecimiento, y prometo vivir y morir fiel á las ideas que me han llevado á merecerlo.

Y no cansando más, un apretón de manos á todos y cada uno, y á hacernos dignos de que la España del porvenir nos tribute el homenaje de su reconoci-

miento por haberla salvado, moralmente, intelectualmente y económicamente.

## LOS JAIMISTAS

El virus jesuitico, mil veces más dañino que el de un perro hidrófobo, sigue inoculándose en los cerebros infantiles anulando su querer, castrando su pensar y envileciendo su sentir con inyecciones de odio.

Las brutales agresiones de los salvajes é inconscientes «requetés» jaimistas ensangrentaron el suelo una vez más, dejando sobre él tendidos, heridos gravemente á dos desdichados casi impúberes.

Los sangrientos hechos se repiten un día y otro día, á ciencia y paciencia de las autoridades, sordas á los clamores de la prensa y de la opinión y cruzadas de brazos ante los descarados ejercicios con que el jesuitismo adiestra á sus instrumentos en el manejo de las armas fraticidas.

Y cuando caen con el pecho atravesado de un balazo esos niños de diez años que en Bilbao fueron víctimas del odio sectario, las responsabilidades son buscadas á flor de los grupos aparentes, sin atreverse las autoridades á profundizar en la entraña del caso, mientras los verdaderos autores del crimen, mirando sin sentir el menor estremecimiento á los cadáveres de los infortunados niños, se repiten «in mente», con la cruel tranquilidad de un verdugo envejecido en el oficio, la odiosa máxima «el fin justifica los medios.»

Esta morbosidad social, engendrada en los antros reaccionarios de Cataluña, se extiende ya por el resto de España, como una tremenda amenaza contra las conciencias y las vidas de los hombres libres.

En la Coruña existen ya gérmenes de la funesta plaga, y se nos asegura que tienen en su covacha los «requetés» coruñeses un verdadero arsenal de armas, cuyo ejercicio practican periódicamente en el cercano monte de San Pedro de Visma, actuando como instructores sujetos sometidos á determinada disciplina.

Procuren las autoridades civiles y militares enterarse de lo que haya de verdad en lo dicho, y obrar en consecuencia, en evitación de que algún día se nos ofrezca el horrible espectáculo de presentar cómo cae en nuestras calles el cadáver ensangrentado de un adolescente, inmolado bárbaramente por los egoísmos y concupiscencias jesuiticas.

Tierra Gallega.

## Acto heroico

Pocos ofrece la Historia á la altura de este realizado poco há por el periodista *De la Vega*, corresponsal de *El País*, de Méjico.

Regresaba del lugar donde se acaba



ban de efectuar unas pruebas de aviación; el tranvía eléctrico en que iba chocó en Torreón con otro, causando incontables víctimas. De la Vega quedó con las piernas trituradas, pero hizo un sobrehumano esfuerzo, y su periódico fué el primero que recibió en la capital de la República la noticia de aquel conmovedor suceso, en que él era una de las víctimas.

He aquí lo que escribió incorporado en el lecho y sobreponiéndose á los horribles dolores que le anunciaban la muerte inmediata:

«Encuéntrome en estos momentos, nueve de la mañana, en el hospital de sangre, gravemente herido en ambas piernas, las que me fueron mutiladas en un choque de trenes eléctricos, habido entre Torreón y Gómez Palacio. El accidente ha sido terrible... Hago esfuerzos sobrehumanos para poder cumplir con mi deber y noticiar á *El País* lo acontecido.»

Poco después enviaba este otro telegrama:

«Todos los heridos estamos graves. Yo me siento morir, con ambas piernas completamente amputadas; como que la plataforma me sirvió de guillotina; y es posible que esta tarde sea operado, por más que creo que este sea el último mensaje que redacto en mi vida. ¡Adiós!»

Estando poco después redactando otro telegrama, le sorprendió la muerte sin terminarlo. Murió en medio de atroces sufrimientos con el lápiz y la cuartilla en la mano.

¡Grande!... ¡Grande!...

Todos hemos admirado á Nelson, cuando herido en una pierna en Trafalgar, de cuya herida murió, siguió mandando la escuadra inglesa hasta vencer á la francesa y la española.

Sin menoscabar en nada la heroicidad del gran marino inglés, considero más digna de alabanza la realizada por ese periodista.

Nelson, siendo quien era, tratándose de lo que se trataba y teniendo el mundo entero clavados los ojos en él, se hubiese deshonrado no haciendo lo que hizo.

De la Vega hubiese podido no hacer lo que hizo, sin que nadie se hubiese enterado.

Por esto digo que la heroicidad del periodista es más digna de alabanza, y por esto divulgo el hecho para honra y gloria de la noble profesión á que pertenezco.

EL HÉROE DE LUCHANA

## UNA CARTA Y UNA FECHA

Hoy, 24 de Diciembre, hace setenta y seis años que el ejército liberal derrotó en Luchana á las hordas del carlismo. Fué aquella una batalla memorable. La sangre corrió á torrentes por una y otra parte. Sitiada Bilbao, acongojada la población, no quedaba á ésta más esperan-

za que la de la pericia y la bravura del general Espartero.

Esta ha sido una de las páginas más gloriosas que el bravo militar demócrata escribió en su historia; y en estos tiempos en que, singularmente en Valencia, liberales y carlistas andan mezclados en horrible himeneo, banquetean juntos en el Círculo carlista y hasta parece que algunos comen juntos en el Ayuntamiento, también es patriótico recordar á los hijos de aquellos carlistas y á los hijos de aquellos liberales quiénes fueron sus padres y sus abuelos.

La batalla, desde su primer momento, hasta el alzato del ejército liberal al cerco de las Banderas, en que el carlismo quedó aniquilado, duró casi todo el mes de Diciembre. Las posiciones fueron perdidas y reconquistadas diversas veces bajo una lluvia de fuego. El carlismo se jugaba, lo mismo que el ejército liberal, la última carta. Ambos combatientes realizaron esfuerzos y sacrificios que no pueden describirse sino disponiendo de gran espacio.

Por hoy, sólo pretendemos recordar á la opinión la fecha, la efeméride, y después poner ante sus ojos la siguiente carta:

«Logroño 27 de Diciembre de 1873.

Excmo. Sr. D. Emilio Castelar.

Muy señor mío y de mi particular afecto: Faltaría á un deber de cortesía y al aprecio que usted me merece, si no me apresurase á darle, á la vez que á sus compañeros de gobierno, las más expresivas gracias por los términos benévolos con que en su favorecida del 24 me felicitan con motivo del aniversario de la batalla de Luchana, de aquella noche terrible en que al frente de mi ejército, sufrido y valiente, como español, disciplinado y como tal favorecido por la victoria, me cupo la gloria de libertar á la invicta Bilbao y herir de muerte á la causa del absolutismo.

Treinta y siete años han transcurrido desde entonces y—¿quién lo diría!—nuestros propios desaciertos han vuelto á resucitar una causa que creíamos muerta para siempre. «De nosotros depende el que no llegue á triunfar. Continúe usted por la senda que se ha trazado para hermanar el orden con la libertad y á hacer la felicidad de nuestra hoy tan desdichada Patria, único y desinteresado anhelo de este veterano, cuya norma ha sido siempre el cumplimiento de la voluntad nacional.

Con el propio entusiasmo, con la misma fe que hace treinta y siete años, mi corazón, joven como entonces, confía en el triunfo definitivo de la libertad y en la dicha futura del pueblo español, por tantos títulos digno de mejor suerte; y si bien los muchos años y los achaques propios de mi edad han podido debilitar mi brazo, mi espíritu inquebrantable acompaña á mis antiguos compañeros de armas en sus fatigas y triunfos, y hago los votos más fervientes y sinceros por la unión de cuantos españoles de liberales se precien, medio único, pero seguro, para ver muy luego desaparecer las nubes que hoy oscurecen el sol de la libertad y esparcen la desolación y la muerte sobre el suelo de la Patria.

Ruego á usted que sea intérprete de estos mis sentimientos para con sus dignos compañeros, y crea en el afecto que le pro-

fesa y aprecio en que le tiene su S. S. y amigo,

BALDOMERO ESPARTERO

## Las entrañas de la Iglesia, ó la muerte civil de un cura

Muchas veces hemos dicho que no existe entidad alguna sobre la tierra más desprovista de misericordia y de justicia que la Iglesia. El que cae bajo su garra no se levanta jamás. Ella no gusta de hacer las víctimas á medias: quiere el exterminio absoluto de sus perseguidos; y sino puede hacerle, llama en su ayuda al Estado, y entre estas dos piedras muelas el infeliz queda triturado y hecho polvo.

Referiremos un hecho fresco, que todavía está palpitante, odioso, indigno, saturado de hipocresía y mala fe, en el que danzan jueces, cardenales, médicos, y la confabulación más repugnante de los altos poderes civil y eclesiástico para matar á un cura civilmente, ya que no ha sido posible la muerte natural.

La triste odisea del cura párroco de Ardea, (Italia) D. José Fabrizi, es la siguiente:

Hombre de acendrada fe religiosa, de corazón noble, y de espíritu elevado, tomó el Evangelio por código de su moral, olvidándose que la Iglesia (nos referimos á la jerarquía) está en divorcio absoluto con él, y que el que sigue al humilde Jesús forzosamente ha de tropezar con la Roma vaticana.

Después de cumplir con fidelidad los deberes de su ministerio, el cura Fabrizi dedicaba toda su actividad á procurar el remedio á las necesidades temporales de sus feligreses, abandonados por el Gobierno. Supo que en favor de los ardeanos existía un cuantioso legado, y pidió á las autoridades civiles y eclesiásticas que dieran cuenta de su inversión: el legado se había invertido en la construcción de la catedral de Genzano, y los pobres habían quedado burlados. Demostró que el Ayuntamiento tenía el deber de construir una plaza, escuela, casa de correos, y refugios para los colonos que dormían en el campo, que los salarios que se daban á los obreros eran una irrisión y un insulto.

El alcalde desprecia estas peticiones, y el cura invitó al diputado Vesci, republicano, para que viniese á Ardea, y viese cuán fundadas eran sus quejas. El diputado Vesci salió aterrado de la situación en que se hallaba Ardea, y el escándalo que causaron sus revelaciones fué enorme.

Entonces fué cuando el cardenal Agliardi escribió una carta al párroco en la que le decía: «Ocupete usted del catecismo y no se mezcle en las cosas de sus feligreses.» Y el cura le contestó: «Creo, Eminencia, que fuera del templo mi deber es ocuparme del bienestar temporal de mis feligreses.» La sberbia eclesiástica.



tica no admite réplicas de nadie, y el cardenal llamó imperiosamente al cura Fabrizi á su presencia.

—Es preciso —le dijo— que deje usted el curato de Ardea, y que se marche lejos, muy lejos, fuera de Italia, á América.

—¿Es este el premio á mis desvelos y buena fe? Obedezco, pero necesito mis documentos eclesiásticos para ejercer allí mi ministerio.

—No se los daré hasta que no sepa que está usted en América.

El buen cura, apenado, se despidió de sus feligreses, que lloraban la pérdida del que era un padre para ellos. Esto sucedió en el mes de julio de 1906.

En vano el cura Fabrizi esperó en América la llegada de los documentos prometidos por el cardenal Agliardi; este señor, faltando á su palabra de caballero y de sacerdote, no se los mandó nunca y el confiado clérigo se vió en la imposibilidad de acreditar su estado y condición. Fué inútil que escribiera al cardenal: no obtuvo respuesta. Viéndose en la miseria, sin recursos, buscó en el trabajo manual el sustento. El buen cura hizo de todo: mozo de cuerda, peón de albañil, limpiabotas, vendedor de figuras de yeso, de pasteles, hasta de músico callejero. A pesar de su buena voluntad en todo fracasaba, y llegó un momento en que no pudo comer. Recordando que el cardenal Agliardi era el causante de todas sus desgracias, le escribió una carta respetuosa, pero en la cual le hacía responsable de todas sus torturas.

Nuevo silencio. Vuelta otra vez al trabajo obscuro, á la miseria, al hambre mal acallada. Una persona caritativa á á quien Fabrizi comunicó sus tristezas se apiadó de él, y le pagó el viaje á Italia para que el cura recogiera sus documentos. Ya en Italia el cura escribe al cardenal, exigiéndole el cumplimiento de sus promesas, pues ya era hora que se cumpliesen después de cinco años de sufrimientos. El cardenal, en lugar de prestarle el apoyo debido, mandó la carta al juez, y este ordenó que se le detuviera por amenazas al cardenal, y de aquí el proceso más monstruoso é injusto que se ha visto. Se trató al cura Fabrizi como á un criminal, se le impedía escribir al cardenal ó á su vicario; y porque un día dijo al fiscal «que era un cómplice de sus perseguidores delincuentes» se le formó un nuevo proceso, que no se llevó adelante porque el clamoreo fué general en Italia.

Sacaron al cura de la cárcel, pero el cardenal no quería soltar su presa, y el fiscal su amigo ordenó que lo encerrasen en un manicomio, sin contar para nada con el presidente del tribunal.

Allí le tuvieron once meses encerrado, á pesar de los certificados de los doctores Bon S'gli y Tamburini, que el tribunal rechazó siempre, sin darles oídos. Por fin el 17 de Mayo de este año vino la orden de que le dejaran en libertad; pero en vez de ser así, dos gendarmes le condujeron á la cárcel *Regina Celi* de

Roma, cuyo director no le quiso admitir porque no tenía ninguna condena que cumplir, ni existía ninguna orden de arresto contra él, y vuelta otra vez al manicomio. El 4 de Junio y el 22, el doctor Bonfigli y el director del manicomio volvieron á decir al juez que aquel cura no estaba loco, y que no podía continuar allí. Respuesta del juez: «Para mí siempre será un loco.» Así lo quería el cardenal.

El 21 de Noviembre de este año un nuevo y enérgico certificado del doctor Tamburini puso fin á esta infamia, y el cura Fabrizi fué puesto en libertad, encontrándose en la calle, achacoso, sin recursos, con cincuenta años encima, y habiendo pasado un horrible calvario por haber sido un buen párroco y un sacerdote celoso.

El cardenal Agliardi, que no ha conseguido verle morir en un calabozo ó en la celda de un manicomio, tiene por lo menos la grata satisfacción de haberlo matado civilmente. ¡Venciste, Galileo!

En España, donde hemos tenido los procesos vergonzosos de un Verdaguer, de un Martón y de un P. Ferrándiz, no podemos asustarnos de la saña eclesiástica con que ha sido perseguido este sacerdote con la cooperación oficial de las autoridades de *colui che detiene*.

FRAY GERUNDIO

## La ilustración

He aquí la que difunden los papeles clericales:

«Santa Catalina, natural de Alejandría, estudió las letras sagradas y profanas, y como estaba dotada de un excelente ingenio, llegó á ser un prodigio de sabiduría. Habiendo el cruel Maximino II convocado al pueblo para sacrificar á los dioses bajo penas rigurosas, acudieron de todas partes para obedecer al Emperador. Acudió también Catalina, y no contenta con aplicarse á sostener la fe de los cristianos, pidió al Emperador que la dejase hablar contra los ídolos, en atención á que no había ni podía haber más que un Dios verdadero.

No considerándose el Emperador con suficiente caudal para contestar á la hermosa doncella filósofa, convocó á cincuenta filósofos de los más nombrados, los cuales al oír los razonamientos de Catalina se dieron por vencidos y confesaron al Dios verdadero, estando dispuestos á dar su sangre por esta fe. El Emperador mandó martirizar á la santa aplicándola á una rueda de navajas. La Emperatriz, doscientos soldados y su coronel, dieron su sangre por esta confesión. A la santa le cortaron la cabeza saliendo leche en lugar de sangre; bajaron los Angeles del Cielo y llevaron su cuerpo cantando alabanzas á la gloria de Dios en la cima del monte Sinaí, donde le dieron sepultura.»

Bien mirado ¿qué otra ilustración pueden dar, en los pocos ratos que les dejan libre los ejercicios de tiro, si no la tienen?

Esto aparte de qué, como su principal misión es calumniar, lo mismo calumnian á los liberales que á la Historia.

La cuestión para ellos es no decir nunca una verdad, ni por equivocación.

## A la carga

Los españoles sólo hablamos cuando nuestras palabras no tienen otro objeto que el de la charla inútil.

Cuando de ellas, dichas ó escritas, puede salir algo provechoso para nuestros semejantes, ya es diferente; entonces, ni cansamos nuestras gargantas ni mojamos nuestra pluma periodística en el tintero de la sinceridad.

Oscuro soy, y por mí mismo no me hago de atender; pero tengo el orgullo de decir que la causa que defiende merece la atención de aquellos á cuyas puertas he llamado y á las que hoy vuelvo á acudir.

Diferentes veces me he dirigido á periodistas y diputados republicanos, sin distinción de grupos ni capillas, para que se sirvan hacer á la libertad de conciencia el inmenso favor de trabajar para *el abaratamiento del coste de la celebración de matrimonios civiles*.

En España son muchos los que acuden para casarse á la Iglesia católica (cuyos dependientes pagamos hasta los que no los necesitamos), no á buscar la bendición del cura, sino á economizar unas pesetas que pagarían de más, de querer casarse civilmente, es decir, sin intromisión de ningún representante de esa religión que se dice de amor habiendo un día instituido la inquisición, y promoviendo diariamente guerras que llaman santas.

Desde las columnas de *La Bandera Federal* de Madrid, y de este semanario he dicho otras veces lo que hoy repito. No creo que nadie pueda dudar de la capital importancia que esto entraña para los partidos republicanos, ya que sabido es que cada acto civil es un certero golpe á la Iglesia, y que ésta es el puntal mayor de lo que los republicanos decimos pretender derrocar; pues bien, el único hombre que ha recogido mi petición, es el que militando en todos los partidos donde haya republicanos de verdad, está desligado de todos: D. José Nakens. En *El Motín* se ha recogido mi súplica, reproduciendo un artículo mío.

Yo que sé, que el venerable Nakens es lector asiduo de *El Consecuente*, espero de él que esta vez dedique unas líneas á este asunto, á ver si así logro que emprendan los periódicos republicanos una activa campaña pidiendo á las representaciones en Cortes que exijan, que medios tienen para ello, al gobierno de la Monarquía que dicte las disposiciones necesarias para que el español que sea anticlerical, y quiera actuar de tal, no tenga cargados todos sus actos con la disparatada contribución de papel sellado que se exige en la actualidad.

Si así lo hacen, harán obra práctica en favor de la libertad de conciencia, madre de todas las libertades, y veremos pronto que, al multiplicarse el número de actos civiles, irá desangrándose la Iglesia católica, en la actualidad desangradora de España.

Al amparo de la Iglesia ha sido posible la organización de esos requetés cuyo solo nombre avergüenza á los españoles amantes de España y de su historia.

Los republicanos sabemos todos que muchas de nuestras luchas intestinas son fomentadas y hasta originadas por esa se-



hora apostólica romana, que mina hasta nuestras familias.

No ignoramos que la Monarquía, gobiernen liberales ó conservadores, sostiene y se sostiene de ese monstruo que se engulle poco á poco la vida y la riqueza nacional, y, sin embargo, no hacemos nada absolutamente nada por desligarnos de ese chupóptero negro; al contrario, son muchos los que en uno ú otro sentido le prestan ayuda.

Republicanos: si queréis evitar todo contagio con lo que presta fuerza á lo que queremos destruir y alienta el deseo de una guerra civil, casaos civilmente.

Periodistas; diputados: Vuestra mejor labor de liberales es la de preparar el camino para que pueda separarse de la Iglesia que lo denigra, el Pueblo que, cuanto más lejos esté de ella, más dispuesto estará á dar la batalla necesaria para el derrocamiento de lo que entonces no será ya muy fuerte y será posible la implantación de la República.

A. GABIÑAU CAROT

Reus, 17-12-1912.

Querido compañero: Aun convencido de que es completamente inútil, traslado su artículo á los diputados de la minoría republicana: así se convencerá usted de que no dejan de atender su justísimo deseo por ser un periodista oscuro (lo que no es cierto), sino porque no han ido al Parlamento á ocuparse de pequeneces como esa de la libertad de conciencia.

Y como ven que el Pueblo lo ve y calla, y cuando llegan nuevas elecciones los vota, no sé yo ya si hacen bien ó mal en despreciar sus quejas y no atender sus reclamaciones.

Por lo tanto, amigo Gabiñau, renuncie á su empeño, ó busque por otro camino hombres que le ayuden á conseguirlo. Dirijase usted, por ejemplo, á cualquier diputado monárquico enemigo de los actos civiles. Lo probable será que no le haga caso; lo seguro casi. Mas no pierda usted la esperanza hasta no tocar el desencanto. ¡Ocurren tantas anomalías en la vida!... ¡Se ve á lo mejor cada Rubio con pelo negro, y cada Calvo con una cabellera estupenda!... Cada día me voy convenciendo más de que el nombre no hace la rosa.

Esto no obstante, he de decirle, para que se persuada usted de que siempre procuro servir á la justicia, que los diputados republicanos no podrían, aunque quisieran, ocuparse de menudencias como esas: necesitan de todo su tiempo para resolver cuestiones más importantes. Por ejemplo: ponerse de acuerdo para no combatir los presupuestos, apesar de haber ofrecido que llegarán hasta la obstrucción antes que consentir que fuesen aprobados; buscar pretextos y argucias para no entenderse unos con otros; permanecer si enciosos ante la organización armada del cañismo; preparar mitines para enterar al Pueblo de que si en el ejecutar son avaros, en el charlar son pródigos y en el amenazar heróicos; dejar de asistir á las sesiones para demostrar hasta qué punto odian á los monárquicos, que no quieren ni verlos siquiera. Si, para estos importantísimos y patrióticos

asuntos y otros parecidos necesitan todo su tiempo.

Además, eso de trabajar por la libertad de conciencia es asunto muy delicado, como todos los que se rozan con la Iglesia; y ellos, católicos en su mayoría, no puen en ponerse enfrente de ella.

¡La Iglesia! ¡Oh! ¡Esa institución santa!... ¡Ese manantial inagotable de consuelo para las almas afligidas!...

¡La que bautiza al nacer,  
la que bendice al morir!...

Antes que molestarla en lo más mínimo, serían capaces de hacer el mayor de los sacrificios: trabajar por la venida de la República.

Creo que lo dicho bastará para convencerle á usted, Gabiñau, de que es inútil pedir á los diputados republicanos que le secunden. Por estas razones: porque no pueden ocuparse de pequeneces, ni quieren disgustar á la Iglesia, ni tienen tiempo disponible, y menos ahora, que ya estarán pensando en los discursos que han de pronunciar para convencer de nuevo al Pueblo, si vienen los conservadores y hay nuevas elecciones, de que debe darles su voto si quiere ver inmediatamente é indefectiblemente implantada la República.

## EN FRANCIA

### LAS CONGREGACIONES

#### DUEÑAS DE LA ENSEÑANZA

Los que son dueños de la educación pública son dueños del país en el porvenir, como en el presente: porque ellos forman la próxima generación, el pueblo de mañana. Las Congregaciones lo saben.

En la enseñanza superior, en frente de todas las Universidades y Facultades del Estado, los frailes instalan Universidades y Facultades libres de Derecho, de Medicina, de Letras, de Ciencias.

En la enseñanza secundaria, que intruye los futuros «directores», abogados, magistrados, oficiales, ingenieros, administradores, los frailes poseen más establecimientos que el Estado: 418 casas congregacionistas con 92.000 alumnos contra 338 liceos ó colegios públicos con 96.000 alumnos.

En la enseñanza primaria todos los trabajadores pueden juzgar de la furiosa competencia de las escuelas congregacionistas contra las escuelas laicas. Hay en Francia regiones enteras donde la escuela laica está vacía, mientras que la escuela congregacionista rebosa de alumnos.

Las últimas estadísticas cuentan un millón seiscientas mil criaturas en las escuelas flaminianas. Los parientes tienen la cobardía de sacrificar sus pequeños por recibir una limosna, un buen cocido, un par de esarpines, una frase adulona del amo. Ellos entregan sus hijos é hijas al enemigo, que continuamente mancillará sus cuerpos, que siempre degradará su alma y los formará para el embrutecimiento y la esclavitud.

No solamente las Congregaciones levantan contra los establecimientos públicos en todos los grados de la instrucción establecimientos más numerosos y más ricos, sino que se hacen dueñas poco á poco de los establecimientos mismos del Estado.

Con la complicidad de los ministros y

de los verdugos reaccionarios de la Instrucción pública, ella aterroriza y corrompe al cuerpo universitario: ella inutiliza ó arrincona los profesores y los institutores de espíritu republicano y hace avanzar los otros.

Los astutos comprenden pronto de qué lado se halla el dinero, la influencia, el poder, y allá se inclinan. La mitad de los Liceos y Escuelas laicas poseen un personal sumiso á la Iglesia. El cura y el fraile gobiernan la mitad de las Escuelas públicas y Liceos. Los crucifijos, los rezos, la obligación de la misa y de la confesión, el uso de libros clásicos clericales, deshonoran una muchedumbre de establecimientos del Estado y de los municipios.

Los institutores de las escuelas laicas, los profesores de Liceos, una masa de funcionarios militares ó civiles hacen educar sus hijos por los enemigos de la democracia, por crearse relaciones útiles. Y los politicastros anticlericales, radicales, socialistas les dan el ejemplo, enviando sus chicos á los Buenos Padres y sus hijas á las Buenas Hermanas.

El mismo gobierno de la República subvenciona la enseñanza congregacionista fuera de las fronteras. Da 800.000 francos por año á los frailes de Syria y de Asia Menor para enseñar el flaminianismo en aquellos países; no hace mucho unidos al nombre francés. Después de la Defensa Republicana, la subvención se ha elevado á 850.000 francos.

Hasta en la Indo-China, una subvención de 8.000 francos es acordada por la República á los asuncionistas de Bangkok «para la enseñanza del catecismo» en el reino de Sam.

En todas partes, en la Francia metropolitana, en las colonias francesas, en los países extranjeros, á nuestra costa y bajo el patronato del Gobierno republicano, las Congregaciones propagan su moral infame, sus mentiras, el odio á la Justicia y á la libertad.

URBAIN GOHIER

París.

**La brujería  
en Barcelona  
por "Fray Gerundio"**  
Precio: una peseta.

**LA RELIGION  
AL ALCANCE DE TODOS**  
POR  
**R. H. de Ibarreta**  
UNA PESETA

**Espejo moral  
de clérigos**

para que los malos se espanten  
y los buenos perseveren,  
O SEA  
**RECOPILACION ESCOGIDA  
DE LOS CELEBRES Y ODORIFICOS  
Manojos de flores místicas**  
PUBLICADOS EN "EL MOTIN"  
POR  
**JOSÉ NAKENS**  
UNA PESETA



# EL MOTIN



1873.—La caballería y la infantería carlista pasando sobre los cadáveres de los diecisiete voluntarios asesinados en Bechi.

Ayuntamiento de Madrid



# Educación clerical

## Cómo se hace un inquisidor

### II.—DE ESPECTADOR A PACIENTE.

Yo sentía terror, al imaginarme puesto en el cuerpo del castigado en el momento de recibir un golpe y de responder con un alarido. Cuando lograba burlar al verdugo, sentía placer: tenía envidia de no ser autor de la burla. Así el arte se iba manifestando ante mí, haciéndome perder el horror de las emociones de dolor, aumentando la otra emoción de placer, hasta considerar aquella lucha desigual como un estado emocionante de vértigo y de delirio, que me tentaba como tientan los grandes peligros, el salto sobre el abismo, el paso de un paraje difícil, la presentación de la muerte y la lucha con ella, la lucha con el monstruo...

Si no hubiese sido por el descrédito subsiguiente, por la vergüenza y por el disgusto que habrían sufrido mis padres, habría tenido placer en sostener un duelo con aquella fiera: extraño fenómeno que luego vi reproducirse en mi vida con una constancia que indica formar parte de mi temperamento.

¿Cómo me defendería yo de esos ataques? me decía muchas veces. Y discurría medios. Difícilmente me ganaban otros. Yo me defendería bien, para escarmentarle y darle una lección ejemplar...

Yo discurría: «Yo me pondré en los codos y espaldas cartones con alfileres invisibles, que el otro se clavará en la mano... ¡qué delicia verle pegar un salto y salir ensangrentado!... O me pondría en la punta de los zapatos una puntilla de hierro, para clavársela como aguijón.» He aquí el espíritu estratégico de mi abuelo, forzado a luchar uno contra ciento...

....¡Si no fuesen mis padres, ¡cómo le escarmentaría yo!... ¡Qué placer al verle muequear de dolor, de sorpresa, de rabia!... Podría darle un susto: él tiene horror a la sangre... Llevaría en la pechuga una vejiga llena de tinta roja, y en el momento de herirme él, reventaría y se formaría un gran reguero de sangre. Ensangrentarle las manos y la cara... ¡imagnífico!... ¡Qué susto le daría!... ¡Qué terror para los colegiales!... qué escándalo en la ciudad!... Cuando descubriera la trampa el escándalo estaría ya dado.

Pero, mis padres... las consecuencias...

La idea me obsesionaba: el estudio, la lección, el sueño, la comida y el juego venían a distraerla.

Un día en paseo, no sé por qué, trabáronse de bofetadas un fariseo con un amigo mío. Yo me sentí representado en la persona de éste, y en aquél sentí la persona del director. Era grandullón y fortazo: yo era menudito y enclenque. Acechaba la oportunidad de

asaltarle, cuando él cogió una piedra, lanzóla contra mi amigo, pero me hirió a mí en la visera del gorro.

Con este pretexto cogí el mismo canto, me enlacé a su cuello con un brazo y con la otra mano dile con el canto algunos golpes en la cabeza que fueron otros tantos agujeros y sangrías.

Nos separaron. Los bravos me cogieron miedo. El escándalo fué grande.

Al día siguiente en plena sesión de estudio, una voz como la del ángel del Apocalipsis vibró en el espacio.

El energúmeno director me citaba al redondel. El espectáculo solía ir precedido de un interrogatorio. Yo lo esperaba.

La primera pregunta fué una enorme bofetada que me dejó sin sentido: tras ella un diluvio de puntapiés, de golpes, de sacudidas, de no sé qué: toda mi sensibilidad estaba en la superficie esperando el golpe para responderle con la contracción refleja, sin pensar en quites, en paradas, ni en desvíos. Yo no veía nada, ni oía nada fuera de mí, y dentro de mí sentía la voz de mi padre que mataba toda otra.

El monstruo me dejó cuando quiso: no guardé noción del tiempo ni del orden de los golpes. Me sentaron en mi sitio: me hallé con los colos en la mesa y los ojos sobre el libro. Sus letras me parecían los espíritus de mi padre, de mi familia y de las gentes de mi pueblo que habían asistido a mi ejecución y que recibían el rebote de mi infamia. Creí-me para siempre infamado.

Tuve espanto de mí mismo. Habría querido morir.

Durante cinco ó seis meses estuve abatido. Permanecía allí como el preso vive en el presidio perpetuo, temeroso de salir y de encontrarse con una sociedad acusadora, más cruel, dura y espantable en sus miradas que en sus golpes el cabo de vara.

Un cojo de nalgas y ruin de espíritu, el sobrino del director, se relaja; aquella risa provocó una resolución de venganza: «yo te avasallaré en las aulas: no solo yo te precederé, sino que haré que otros te precedan» y me dediqué con afán a enseñar a otros discípulos lo que yo sabía sobre ellos. El día que uno de ellos pasó al sobrino, sentí inmensa felicidad; luego otro y otro... El sobrino iba apareciendo más necio... El supo la venganza: la contó a su tío. Este esfuerzo de estudio me hizo el primero del aula: mis catedráticos hablaban de mí a otros, y todos al director. En las visitas al colegio, éste comenzó a hacer alto ante mí: me miraba y yo le miraba. No sé si él me decía: «¡cruel, donde me hieres... en mi fibra más sensible!», pero yo le decía: «cada bofetada que me diste será un pelo de asno para tu sobrino...» Y como siendo cojo desistía de correr con nosotros, al sentirse cojo de inteligencia se entregó a la cojera y desistió de jugar a sabio. Le había infiltrado la conciencia de necio sin saber que existía esta conciencia y la fuerza que podía ejercer sobre la vida de un hombre.

Mis estudios hicieron olvidar el *vapuleo*; pero yo no lo olvidé ni supe creer que los otros lo olvidaran. Creyéndome infamado é incapaz de recobrar la *virginidad* anterior, esta conciencia mía determinó en mi vida un carácter particular que ha continuado fijo en mí ser. Me creí reputado entre los malos por una acción que mi deber de amistad y compañerismo justificaba en mi moral; y en cambio mis delitos verdaderos, aquellos por virtud de los cuales era hipócrita, eran ignorados. «¿Qué vale, pues, me dije, la opinión pública? He aquí que me censura por lo «bueno» y me aplaude por lo «malo». Tal opinión es despreciable. Pero ya que soy reputado entre los malos, quedo exento de las leyes especiales de los buenos y de los santos. Seré santo para mí según me parezca que debo serlo para agradarme a mí mismo, sin atender a esa opinión falsa y mentida.»

Este desprecio pasó a repugnancia y desconfianza. «Como me juzga a mí, juzga a los otros—me decía;—y si en mí juzga al revés de la verdad, en los otros hará lo mismo.» Las censuras de la opinión se me hicieron sospechosas y sospechosos sus aplausos. Un aplauso general excitábame la curiosidad a buscar lo censurable que se escondría en el fondo de la realidad. De aquí provino cierto divorcio de la «corriente» y aún cierto placer de contrariarla y chocar con ella. Era continuación de aquel placer del peligro y de castigar la fiera.

Me sentí libre de las exigencias de la santidad aparente, y nació en mí un prurito raro: el de buscar actos en sí meritorios y de apariencias culpables, hallando placer en ser culpado, en manifestar la inocencia y en obligar a la rectificación del juicio. Este ejercicio pruriginoso despertó en mí el entusiasmo por la sinceridad, me llevó a discernir la realidad y las apariencias y aguzó el instinto crítico moral.

S. PEY ORDEIX

(Continuará).

## Advertencia administrativa

Si en algún punto de los que va EL MOTIN dejan de verlo desde el número próximo, sepan los lectores que es porque el corresponsal no ha pagado.

Los que deseen seguir leyéndolo, pueden suscribirse directamente en esta Administración por trimestre, semestre ó año, y disfrutarán la ventaja de recibir con el 25 por 100 menos todas las obras que aquí se publican.



## Carcas, de rodillas!

Hace años, en 1899, dediqué un artículo humorístico al escritor clerical D. Angel Salcedo, por haber dicho que, si yo me convirtiera al catolicismo, llegaría a ser santo. En el libro *Muestras de mi estilo* está.

Y ahora me encuentro con que, sin haberme convertido, he alcanzado esa categoría, y que estoy por ahí haciendo cada milagro que parte los corazones y que para mí los quisiera.

¡De rodillas ante este recién bienaventurado, carcas nauseabundo!

Leed, leed el siguiente articulito que inserta *Ideal* de Zaragoza en su número del 26 de Diciembre, y atreveos después á desmentirme:

### UN GRAN MILAGRO

#### San José Nakens y la lotería

Señores, que no va de cuento.

Un dependiente de la acreditada casa de D. Jorge Zamora, adquirió diez participaciones de á peseta en el núm. 19 720 de la lotería del «Monte de Piedad» de Gijón, cuyo sorteo se verifica con la nacional de Navidad.

Este ciudadano es bastante republicano y está afiliado al Casino radical de la calle de Cinegio, circunstancias que contribuyeron á lo estupendo y graciosísimo del caso.

En la última velada celebrada en este Centro, nuestro correligionario hizo participes del indicado 19 720, á sus camaradas Luna, del Río, Gros, Martínez, Luis Gil, Moré y otros cuyos nombres no recordamos.

Alguien tuvo la humorada de proponer adornar un hermoso retrato del venerable luchador con las diez participaciones de lotería. La idea fué acogida casi con unánime regocijo y, para completarla, otro ciudadano desrolló el cordón de donde pendía una lámpara eléctrica de diez bujías, y pendiéndola del cuadro pronunció solemnemente estas palabras:

«A tí, eximio patrón de la libertad, á tí, *San José Nakens*, te pedimos con fervor que nos toque un buen premio.»

Todos rieron la cadena de ocurrencias y donaires. Seguramente que Nakens hubiera reído también...

Pero lo gordo del caso es que el número 19 720 correspondió al 7.º premio de la gran lotería, siendo agraciado con cien mil pesetas, y por ende con 1.000 para nuestros amigos que jugaban en la del «Monte» de Gijón. A cien pesetejas por barba, ¡qué no es nada que digamos en los tiempos que corren!

¡Pero ustedes creen que acaba aquí el milagro? ¡No, que ahora viene lo estupendo!

Es el caso que uno de los contertulios no quiso poner su recibo de participación en el cuadro de Nakens, y ahora resulta, —¡oh milagro!— que lo ha perdido. ¡Se ha quedado sin sus cien pesetas por no haber rezado á *San José Nakens*!

¡Oh...!

Y todo esto es rigurosamente exacto. Damos nombres propios para que puedan comprobar el hecho los incrédulos; á su disposición están los documentos correspondientes que demuestran la verdad de lo relatado. ¡Señor, señor, señor!»

Y aquí entro yo, carcundas, ya en clase de santo.

¿Qué tal? ¿Se puede debutar mejor? Tengo la seguridad de que desde hoy comenzaré á comprar retratos míos para colocar ante él décimos de lotería, y que me rezaréis prosternados. Si por adquirir dinero asesinásteis á tantos españoles en las dos guerras civiles ¿qué trabajo ha de costaros á dularme con oraciones en la paz, para ver si os toca la lotería?

Y no seréis vosotros solos, no.

Si mi fama como abogado de la Lotería llega á extenderse, voy á ser el santo más venerado en España. Y con razón ¡Un santo que proporciona dinero!

«Desde la princesa altiva

á la que pesca en ruin buca», acudirán fervorosas á venerarme, por más beatas que sean. Los clericales adoraron siempre al dios dinero más que al Dios del Calvario.

Pero vamos al asunto.

Al leer el título del artículo, se dibujó en mi semblante leve sonrisa. «¡Yo santo! ¡Qué zumbones y qué bromistas son los aragoneses!», exclamé. Pero al terminar la lectura me puse á meditar sobre mi virtud milagrera, y casi quedé convencido de que la tenía, por el siguiente parecido que hay entre los santos más renombrados y yo, santo desconocido hasta hoy de todos, y aun de mi mismo.

Sabido es, por haberse dado muchos casos, que santos muy milagrosos en la extinción de incendios, han sido reducidos á cenizas en los fuegos habidos en los templos donde estaban; y del mismo modo yo, que milagro para que á los demás les toque la lotería, no hago nada para que me caiga á mí un premio regularcillo, que sospecho no me vendría muy mal ahora para hacer con desahogo las *Hojitas* en que voy á cantar las *Glorias del Carlismo*, es decir, las glorias de los Cabrerías, Cucalás, Santa Cruz, Saballs, Rosa Samaniego y demás piadosos bandoleros.

Para convencerme de si tengo ó no esa gracia, mejor dicho, ese poder, voy á hacer un ensayo: comprar un décimo en cada sorteo del mes actual y colocarlo ante mi retrato, con luminarias y todo, para ver si dejo de estar casi siempre á dos velas.

Mas juro por todo lo que los diputados republicanos han dejado de hacer en la última legislatura, que si no me toca, presento mi dimisión de santo abogado de la Lotería, antes de que me exhoneren los aficionados á ese juego, como el Papa hizo poco há con San Expedito.

Pues sería, no ya santidad, si no me mez grandísima, proporcionar premios á los den á y no alcanzarlos yo, exponiéndome á que se dijera de mí: «luz fuera y oscuridad en casa.»

Respecto al ciudadano que castigué por no haber querido colocar su participación ante mi retrato ¿qué decirle? Que procure otra vez guardar mejor esos documentos, así los haya colocado bajo las

imágenes de todos los santos y santas de la Corte celestial; única manera de cobrarlos cuando salgan premiados, bien por intervención de la casualidad, bien por caprichos de la fortuna, ó ya por milagro de un santo de mi pelaje.

Y crea que si estuviese en mis facultades milagrosas hacer que lo encontrase, lo habría cobrado á la media hora de haberme enterado de que lo había perdido, que yo me complazco en hacer bien á mis enemigos.

Siempre que no sean carlistas.

## SOLUCIÓN FINAL

Algemesi es una población donde los carlistas imperan en el ayuntamiento.

El alcalde, un tal Polo, al verse acusado de varias irregularidades administrativas, ha dejado el cargo sin decir ¡ahí queda eso!, y nadie sabe por dónde anda.

*El Pueblo* de Valencia, comentando el hecho, dice:

«Lo ocurrido en Algemesi en los pocos meses que los carlistas ejercen el mando gracias á una maniobra política, proclama lo que sería la nación en manos de esa gente, familiarizada con el robo y el asesinato y explotadora de la ignorancia y fe religiosa de las gentes sencillas.»

La única ventaja para la nación, sería ésta: que no les duraría mucho á los carlistas la breva: á los cinco ó seis meses no tendrían ya liberales á quien asesinar ni robar, y comenzarían á robarse y asesinarsen unos á otros. El último que quedara se suicidaría desesperado de no tener á quien robar ni degollar, y

*Finis Hispania.*

## Carta extraña

Lo es, y mucho, esta que he recibido: «Sr. Director de EL MOTIN.

Muy señor mío: adjunto tengo el gusto de remitirle 6 reales en sellos de correo para que me haga el obsequio de suscribirme á EL MOTIN, haciéndole por lo tanto anticipado el pago del primer trimestre; los demás ya le serán abonados puntualmente. Mándemelo bajo la siguiente dirección: — *Ramón Rodríguez González, provincia de Oviedo, por CANGAS DE TINEO—S. ANTOÍN DE IBÍAS, ARCIPRESTE, párroco de Sisterna.*

No porque sea ecl:siástico dejo de reconocer los grandes errores de la Iglesia. ¿Porqué no permitir al clero casarse? ¿Cuántos escándalos no se evitarían! Pues no dejaremos de ser hombres como los demás, para que nos guste también el matrimonio.

Me estorban y me pesan ya los hábitos: que haga el obispo lo que quiera.

Haga de ésta el uso que se le antoje, y cuénteme en el número de sus numerosos y consecuentes adictos.

Queda de usted affmo. s. s. q. b. s. m

RAMON RODRIGUEZ GONZALEZ

Sisterna 20 Diciembre 1912.



## Mi respuesta

Sr. D. Ramón Rodríguez:

Muy señor mío: Es tan inusitado lo que usted ha hecho suscribiéndose directamente y con su propio nombre á EL MOTIN, que utilizo la autorización que se ha servido darme para hacer público su acto de valor y de honradez.

Lo que le espera, ya lo habrá usted pesado y medido antes de escribirme: por esto nada debo decirle.

Mas si quiero darle á conocer mi criterio en este punto, que es el que verá en el artículo que reproduzco á continuación, y que dirigí en 5 de Julio de 1883 á un presbítero de Alicante:

### A un clérigo

Venga esa mano, tú que en Alicante acabas de abjurar del catolicismo para unirte á la mujer que amas. Eres un hombre. Y un hombre honrado.

Que griten y se indignen hipócritamente contra ti los tios de tanto sobrino sin padre, por un acto que te da derecho á ser padre de tus hijos. Desprécialos. Mas no, que los honrarías.

Dirán que el instinto carnal te ha empujado. Error. Para satisfacerlo cumplida é impunemente, ningún estado como el que abandonas. Ellos lo saben, y tú también.

Mas suponiendo que así fuera, ¿quién se atrevería á condenarte? ¿O es que vamos á estar pagándonos perpetuamente de frases huecas y de ideas absurdas?

La pasión de la carne es la primera y la más noble de cuantas nacen en el corazón del hombre, y la más irresistible á la vez. Como que es principio de vida. ¿Principio? No; es la vida misma.

Que la costumbre y la ley la encauzan, creando una ficción legal, el matrimonio, para hacerla servir mejor á los fines sociales... ¿Y qué? ¿Pierde por ello en importancia? Yo diría que aumenta.

¡Desgraciado clérigo! ¡Cuánto habrás luchado y sufrido antes de decidirte á dar ese paso, natural y lógico, pero que lleva consigo el anatema!

Al llamar el amor á las puertas de tu alma, y más si llamó tarde, ¡qué de inesperadas revelaciones! ¡qué de sacudimientos extraños!

Los sueños de la adolescencia y los ardores de la juventud, las caricias deseadas y los deleites presentidos, todo lo que creías muerto se alza ante ti en poderosas manifestaciones de vida.

Los antros de tu conciencia se iluminan y la naturaleza ultrajada vuelve por sus fueros, azotando el rostro de todos los dogmas que viven de mutilaciones de la carne y del espíritu.

La sangre hierve en tus arterias y ruga de alegría al afluir en oleadas á tu corazón; en tu cerebro estallan torbellinos de ideas viriles, y al ver á tu Eva, estremécete todo tu ser.

¡Qué mirada la suya! Cuando tropieza con tu mirada, incendiándose ambas al

choque, rásgase el velo del porvenir, y descubres solos espléndidos en horizontes infinitos.

Todo en la creación se alia para enloquecerte. Los astros alumbran por ella; las flores brotan porque ella existe; el canto de las aves no es más que el remedo de su voz. Ella por todas partes, siempre ella, y sólo ella. *«Llenos están los cielos y la tierra de su nombre!»*

¿Y habría de ser mentira todo esto? Encantos, éxtasis, sensaciones sublimes, aspiraciones al ideal, cuanto levanta tus pies del polvo de la tierra, ¿no sería otra cosa que una aña gaza de la Naturaleza, un lazo infame para perder tu alma?

El hambriento afán con que unirías tus labios á sus labios, hermoso niño de existencias en gérmen, y el ansia con que beberías su aliento, ¿habrían de ser nada más que el deseo brutal de un placer extinguido apenas gustado?

¡Sacrilegio! ¡Impostura! ¡Cómo te han engañado, pobre clérigo! La carne, que te habían enseñado á despreciar, es soberana; y el alma, que creías señora, es esclava.

Intenta, si no, sustraerte á su dominio, invocando deberes, votos y creencias. Sobre las ruinas de todos los convencionalismos verás erguirse á la mujer, tendiéndote sus brazos, amante, sonriente...

¿Huir de ella? Imposible. En tu casa como en el templo, blasfemando ó gimiendo, con los puños crispados ó las manos cruzadas, de día como de noche, siempre y donde quieras que te refugies, allí estará.

Y nada de lloros ni de rezos: tus lágrimas se incendiarán al tocar tus mejillas, si es que no se secaron al asomar á tus ojos, y en tus rezos no pasarás nunca del *«Bendita tú eres entre todas las mujeres.»*

Equivocarás el nombre de la Virgen con el de la mujer que adoras; escucharás su voz en las últimas vibraciones del órgano; y lo mismo al arrojarte ante el ara santa, que al elevar la hostia, la contemplarás a tu lado cada vez más bella y atrayéndote cada vez más.

Arrástrate sobre las losas, golpea las paredes con el cráneo, revuélcate en tu lecho... Los suspiros que lances se transformarán en rumores de alas, las maldiciones en cuchicheos de hojas, las blasfemias en chasquidos de besos.

Ataraza tu carne con los dientes, mágullala, macérala... Como el martir que afirmaba en el tormento la fe de Cristo, ella confesará la de su naturaleza, desafiando tus iras y burlándose de tu poder.

Y si alguna vez, cansado de combatir y ahiq uilarla, crees que yace en reposo, escucha, y la oirás entonar tristemente este himno bíblico de desgarrado melancolía: *«En mi lecho por las noches, busqué á la que ama mi alma; la busqué y no la hallé.»*

Sagrados preceptos, ejemplos de resistencia... Todo inútil. La ley está dada, y hay que cumplirla: *«Creced y multiplicaos.»* Es universal, es eterna, y no admite transgresiones. O se cumple á la

luz del día, ó en las sombras; ó digna, ó infamemente.

La cadena del deber se funde al fuego del deseo, la voluntad muere y la razón se turba ante las justas rebeldías de la carne. ¿Qué votos, ni qué propósitos, ni qué temor al castigo de los hombres ni á la ira del cielo?

No hay remedio. Hay que abjurar de los dogmas que mutilan, y entrar valerosa y orgullosamente en el concierto de la vida; ser hombre, y cumplir la ley que manda *abandonar al padre y á la madre para unirse á la mujer, y ser dos en una carne.»*

Honor á ti, que los has hecho; desprecio para el que, encenagado quizás en las degradaciones del vicio más abyecto ó sumido en el fargo de la concupiscencia más grosera, arroje piedras en tu camino; y compasión, mucha compasión para el desdichado que se abraza en el fuego del amor, sin firmeza bastante para romper unos votos que contrarian las sacrosantas leyes de la Naturaleza, y que pudiera exclamar, con más razón que el Hijo del hombre: *«¿Señor, Señor! ¿por qué me has abandonado?»*

Así pensaba yo en 1883 y así continué pensando. Esto le hará comprender á usted con cuánta efusión le felicitaré el día que tome la resolución que indudablemente tomará después de haberme escrito esa carta; porque desde aquel día se habrá librado para siempre de que pueda decirse de usted, lo que se dice de un canónigo en la noticia siguiente que corre por la prensa estos días:

### Canónigo acusado de estupro

«En el juzgado de guardia presentaron el domingo último el abogado Sr. Pérez Peinado y el procurador Sr. García Bustelo, una denuncia firmada por D.<sup>a</sup> Francisca Martín, acusando á un sacerdote beneficiado de la catedral de Madrid, de un delito de violación perpetrado en la persona de su hija Angeles García Martín, bellísima joven de veinte años.

Según parece, hace unos dos años se llevó el sacerdote á la señorita á la casa núm. 14 de la Carrera de San Jerónimo, piso 4.<sup>o</sup>, que por aquella fecha lo habitaba una mujer llamada Tomasa, á la que hizo pasar, para engañar á Angeles, como hermana suya; y allí la deshonró.

La víctima ocultó su deshonra por no avergonzar á su madre, y siguió viendo á su forzador durante bastante tiempo, hasta advertir que estaba embarazada.

El sacerdote quiso dar la cantidad de 15 duros, para que buscara el medio medicinal ó violento de abortar. Poco tiempo después realizóse el aborto, mas no por los procedimientos que el beneficiado pretendiera, sino por un serio disgusto que tuvo la joven.

Enteróse entonces la madre, y cayó enferma de tal gravedad, que quedó en estado de idiotéz.

Una hija suya, llamada Emilia, dueña de una casa de huéspedes de la calle de Jardines, núm. 5, ha sido la firmante de la denuncia presentada, por imposibilidad física de su madre.

Reproduzco á continuación una carta, de las muchas que obran en el atestado,



dirigida por el sacerdote á su infeliz víctima:

«Angeles: Te envío esta tarjeta para que puedas entrar en la catedral á ver la función, donde te darás al presentar dicha tarjeta una silla para verla con comodidad.

Procura estar antes de las diez. Anoche, como llovía á las nueve y media, creí oportuno no salir, y si me entretengo en darte estas líneas es para enviarte esta invitación que, como supongo, aceptarás.

Procura verme á las doce y media, para convenir lo que haremos por la tarde y fijar la hora.

Con suma gana de verte y... de... te adora tu inolvidable, *Chatito*.

El juez de guardia después de admitir la denuncia, ordenó que el atestado pasase al Juzgado del Centro, á cuya demarcación corresponde.»

Al acabar de leer esa noticia, se siente al par indignación y pena; indignación, por la brutalidad del hecho; y pena, por las dos víctimas, la madre y el hijo, hechas por ese clérigo, víctima á su vez de la Iglesia.

Seguramente no tendrá hoy ese canónigo la tranquilidad de conciencia que usted, señor Rodríguez, aun sabiendo que será perseguido, injuriado y calumniado por haberme escrito esa carta; carta de la que no hubiera yo hecho uso en ningún caso, si no hubiera comprendido que tal era su deseo.

Me despido de usted con el respeto y la consideración que merece todo hombre que rinde culto á la verdad, y me ofrezco su atento seguro servidor, que besa su mano, J. N.

## LA LO QUE HIMOS LLEGADO

*L'Osservatore Romano* publica una carta de Madrid censurando el discurso que Romanones pronunció en el Senado resumiendo el debate del presupuesto de Instrucción pública, y lo comenta diciendo: «que parece mentira que en la católica España el gobierno, á raíz del asesinato de Canalejas, se proponga declarar facultativa la enseñanza religiosa, convirtiendo las escuelas en fraguas donde se forjarán más anarquistas.»

Confía *L'Osservatore* en que los católicos están prevenidos y se unirán para impedir enérgicamente que el gobierno asesine moralmente el alma de los niños.

Aunque eso fuera, que es lo contrario, saldrían ganando los niños: se quedarían con el alma asesinada, pero con el cuerpo sano y robusto.

¡Vaya y qué interés se toman por el alma de los niños, los clericales que están deseando verlos crecidos para rompersela!

Porque el clerical, de cualquier religión que sea, y viva en el país que viva, se distingue por esta siniestra especialidad: «Vivir del alma, y romper el alma.»

Sobre todo el clerical español.

Me moriré sin haber tenido el gusto de ver un gobierno que conteste á todo el que pretenda coartar sus atribuciones,

al Vaticano especialmente, lo que decía aquel paleta:

Soy el amo de la burra  
y en la burra ando yo;  
cuando quiero digo ¡arre!,  
cuando quiero digo ¡sooooo!

Antigua altivez española:  
¿Dónde te has escondido?

## Los carlistas ante el pesebre

Nació el Cristo de los profetas y los ángeles, según reza la tradición evangélica, dejaron oír sus armoniosas voces y pregaron el lema del reinado del recién nacido: *En la tierra paz á los hombres de buena voluntad.*

Fijaron ellos en el establo de Nazaret el programa del Cristo. ¡Paz, paz á los hombres! Nada de guerras... de odios... de rencores... de derramamientos de sangre... ¡ni aún bajo el pretexto de defender el nombre y la gloria de Cristo! La paz debía enseñorearse del mundo y ser la característica de la sociedad nueva que empezó en el pesebre.

Al pesebre del Cristo pacificador, llegan de todas partes hombres de condiciones diversas, disputándose el honor de llevar y poner á los pies de Cristo lo más escogido de sus dones.

Entre la falange inmensa de sus adoradores se destacan con visibles signos los apóstoles de Dios en España, los glorificados de su patria, y los defensores de su rey. Dios á quien ofenden y menosprecian, patria á la que llenan de ignominia y ahogan en sangre de sus propios hermanos, y rey al que hacen ceñir corona de risible poderío.

¡Dejadlos llegar! Van á rendir homenaje á su Dios y á ofrecerle sus preciados dones.

¿Que quién es ese que, hundiendo su frente en el polvo, á tora y reverencia al niño del pesebre? ¡Ah, sí! Es el sacerdote del *requite* mensajero de paz y delegado de Dios, que cargado de revólvers y pistola, de sables y lanzas, *símbolos de paz*, los deposita á los pies del Cristo, mientras sus labios murmuran esta sencilla plegaria:

«Señor: tu gloria, tu honor, tu nombre pedían de los españoles terrible venganza, exigían debida reparación, y aquí tienes los instrumentos de que se ha valido este tu pobre siervo y leal ministro para vengarte y para defenderte. España es testigo de mi valentía y de mi abnegación... Sembré el suelo de cadáveres de hermanos españoles...»

¡Gloria, pues, á la *browning* vengadora de tus ultrajes...! ¡Llor al sable reparador de tu honra...!»

Oigamos á estotro que nada tiene que envidiar á los Judas y Barrabás. Pernalles etc... «Yo, Señor, expuse mi vida por defenderte; ni el frío, ni la lluvia, ni la sed, ni el hambre, nada fué bastante á saciar mi sed de sangre, de sangre española, de hermanos, porque así lo exigía el honor de mi patria y su bienestar. Hice correr la sangre y se empaparon los campos, las ciudades y los pueblos; á nadie perdoné, y á mi vez caí en fusilados, alanceados y acuchillados por liberales mis compatriotas... ¡Sangre, sí, mucha sangre! Tanto, que hasta mis manos se han teñido sin que haya elemento bastante á borrar de

ellas estas rojas manchas... ¡La paz en España se ha asegurado por la sangre!

Y, en fin, veamos á un tercero que presenta á Cristo un cofre rebosante de oro... Viene á ofrecerle el homenaje del botín, del robo... Lo presenta al Rey del cielo el que por su rey cobarde y ambicioso robó y expolió á liberales españoles, sumiéndolos en la miseria, en la pobreza... ¡todo fué preciso por defender el honor de su rey, del *augusto Chapa*, ludibrio de las gentes, *espantoso ridículo* de salones y saraos, payaso libertino, baldón de España, ignominia de su raza, representación genuina de la cobardía y de la degradación.....

Dejad que los niños... *sietemesinos del requite* vayan al pesebre... vayan, sí, ó á aprender de esos tres maestros que allí hemos visto, que presentan á Dios, Patria y Rey una bandera que se manchó y encharcó con el asesinato, el robo... maestros del crimen y la deshonra... representantes de las *partidas* de los que matan, incendian, roban y asesinan aun con el sabor de la hostia en los labios... ó aprendan del niño á quiénes ellos llaman su Dios y Maestro que funda su nuevo reinado, al decir de la Biblia, en las palabras de los Angeles en el pesebre:

*En la tierra paz á los hombres de buena voluntad*

J. RAMOS

*El Combate*, Novelda.

## EL PARLAMENTO

### HAY QUE INVENTAR OTRA COSA

El Parlamento no sirve para nada útil. Sirve sólo para que los hijos, nietos, yernos, sobrinos, primos, allegados y pasantes de los que mangonean la cosa pública adquieran categorías políticas. Tiene un señor un hijo incapaz de ganarse la vida; lo hace diputado, y á los cuatro meses cáttelo gobernador ó subsecretario. Y quien dice á los cuatro meses, dice á los veinte, que para el argumento da lo mismo. La dote de la hija, la paga del pasante, el regalo al paniaguado, es el acta. Luego viene el cargo; más tarde, el Consejo de Administración; el lucrativo empleo en tal ó cual Empresa que del Estado depende ó con el Estado se relaciona. Y así, por cada político que se haya abierto camino á fuerza de dolores, hay ciento que se lo abren sin otro título que el título á que da derecho la progenie, ó la servidumbre, pudiendo decir que el semillero de la política y de la Administración española ó está en el nepotismo, ó está en la clientela. Pariente ó pasante. Y quien no es ni pasante, ni pariente, ya sabe lo que le espera: el desdén parlamentario de pasantes y de parientes, que defienden como pueden lo que consideran suyo por derecho de conquista: el Poder.

Tengo hechas las listas de varios Parlamentos con sus dinastías, y con ellas se demuestra la verdad de lo que digo. Si falta hiciere, publicaré la relación, y cuando la lean las gentes, se asustarán, no solamente de la osadía de los gobernantes, sino de la mansedumbre de los gobernados.

En ningún país del mundo sucede lo que aquí. Fuera de España, los políticos dedican sus hijos á otras cosas y raro es ver en una Cámara á dos miembros de la



misma familia. En España, hay político que entre hijos, yernos, primos, cuñados y pasantes forma una minoría robusta y compacta. Y cuando veis á niños sin bozo aparecer por las cancelas, no preguntéis por sus merecimientos; preguntad el nombre de sus progenitores, ó de sus suegros, ó de sus jefes de bufete. Para cada hijo, un acta; para cada yerno, un acta; para cada pasante, un acta. En el Extranjero los grupos parlamentarios se forman con agricultores, con industriales, con comerciantes, con militaristas, con antimilitaristas, con ideas; aquí, en España, se forman con familiares y con deudos. A las ideas que las parta un rayo. Y por eso, el Parlamento es una comedia que sólo sirve para pasar el rato engañando al país y para que unos cuantos niños, sin más títulos que los de progenie, encuentren en el Presupuesto lo que no hallarían en ninguna otra parte.

\*\*\*

Sobra el Parlamento. No sirve para nada, absolutamente para nada. Ni siquiera para fiscalizar. Y como no sirve para nada, habrá que pensar seriamente, ó en suprimirlo, ó en modificarlo radicalmente.

O por medio de razones, ó por medio de la fuerza, venga de donde viniere: de arriba, de abajo, ó de enmedio.

Ahora mismo se está viendo que ni si quiera sirve para saber si un partido debe seguir en el Poder ó debe abandonarlo. El Parlamento está abierto. Parecía natural que antes de cerrarlo supiese el país quien tiene mayoría entre Romanos, Moret, García Prieto ó Maura. Pues no sucederá eso. Será cerrado, y al día siguiente, después de oír á unos cuantos señores, decidirá la Corona quien ha de gobernar.

¿No sería más lógico, más parlamentario, más constitucional, que el Parlamento votase una Proposición de Confianza, ó un Voto de Censura, para que el Rey supiese si Fulano ó Zutano tenía ó no mayoría, y por lo tanto, si podía ó no podía gobernar? ¿Por qué ha de seguir Romanos si el Parlamento le es hostil? ¿Por qué ha de caer si el Parlamento le es favorable? ¿No repitió Maura que con el duplo de un voto le sobraba para gobernar? ¿No es el Parlamento fórmula viviente de la voluntad de las mayorías? Pues ó lo uno ó lo otro. O gobernar con él, ó contra él.

\*\*\*

Pero no; ni para eso sirve. Sirve sólo para amparar monstruosidades, para encubrir responsabilidades. Las Cortes son un Retablo de Maese Pedro, y no otra cosa. Media docena de señores, en junta de rabadanes, decretan qué es lo que puede ser aprobado, y lo que debe ser desechado, y cuanto hagan los diputados en pro ó en contra, es inútil. Si la junta de rabadanes decretó fusilar, se fusila. Si decretó indultar, se indulta. Podréis demostrar que el fusilado es inocente; que el indultado es criminal; no importa. Ni se os oye, ni se os atiende. Y sólo la fuerza se hace oír de cuando en cuando, en ocasiones en que un proyecto necesita ser aprobado á fecha fija: entonces se cotiza el silencio; entonces se paga el servicio aceptando lo que propone el diputado ó la minoría.

Y así se legisla. Las Comisiones no pueden enterarse de los asuntos, porque el Gobierno da los dictámenes hechos y así los impone. ¿Votos particulares? ¿Se des-

echan! ¿Enmiendas? ¿No se admiten! ¿Razones? ¿En el Parlamento no hay más razón que la fuerza!

Lo que quieren esos seis ú ocho señores es Ley. Los demás, los siguen como las reses bravas á los cabestros.

¿Para qué, pues, el Parlamento? Con dar amplios poderes á esos señorones ya hay bastante.

\*\*\*

¡Calle usted! ¡No sea usted así! ¡Se va usted á quedar sin acta! ¡No va usted á tener amigos! ¡Va usted á tener que vivir en un monte! ¡Se va usted á hacer odioso de todos! ¡Siga el compás y hará carrera! ¡Qué lástima que no se discipline! Eso y otras cosas oigo decir á diario. Eso me dicen mis amigos. Y mis amigos me agravan diciéndome eso; porque yo, eminentemente político, en el amplio sentido de la palabra sería capaz de verme reducido á pedir limosna, á cambio de ver entronizadas las ideas que predico.

No un acta, sino cien; no un porvenir, sino cien presentes, me jugaría yo á cambio de decir verdades saludables para mi patria, más necesitada de quienes la verdad le digan, que de quienes á la farándula parlamentaria imperante, con sus sofismas defiendan. Si el Parlamento no sirve para fiscalizador porque toda fiscalización es acallada; si no sirve para que los diputados sean escuchados cuando tienen razón; si no sirve para que los representantes del país tengan iniciativas parlamentarias de interés general; y si no sirve para decir al Rey cuando un partido ó un gobernante han perdido su confianza, será preciso declarar que no sirve para nada.

Y como eso es cierto, yo lo digo, importándome un rábano que el decirlo concite sobre mí nubes de tempestad.

¡Si tú, lector, estás conforme conmigo, apláudeme, que con tu aplauso ya tengo bastante para proseguir, sin desmayo y sin cobardía!

JUAN DE ARAGÓN

## OTRO GADAVER INSEPULTO

### Un cura contumaz

«Como está demasiado reciente, no habrán olvidado los lectores de *El Noroeste*, el caso escandaloso ocurrido en la vecina parroquia de Lavandera, cuyo párroco tuvo insepulto el cadáver de un católico durante cinco días.

Y recordarán también que el buen cura, al verse obligado á dar tierra al cadáver en el cementerio de la parroquia, dijo que si moría otro vecino había de ir á enterrarse á Fano ó á Vega.

Pues bien; el tan traído y llevado párroco ha querido cumplir su palabra.

El martes falleció en Lavandera el vecino D. Félix Menéndez Quintana, y el cura se negó á darle sepultura en aquel cementerio. Y ahí tienen ustedes otra vez en son de protesta á todos los feligreses de aquel pastor de almas, y á la atribulada familia del finado, trayéndola de la Ceca á la Meca para conseguir que el cuerpo del sér querido repose en el solar de los suyos.

A Oviedo se fueron los deudos, y del Obispo trajeron la orden, que no permito, para que el cadáver fuera enterrado en Lavandera, cosa que no podrá hacerse

hasta hoy, ó sea al cuarto día de haber ocurrido el fallecimiento.

Y decimos nosotros, y dicen todas las personas donde el fanatismo no arraiga hasta ese extremo:

¿Es que no hay sanción para ese párroco que así se burla de todo un vecindario, y da lugar á semejantes trastornos y juega tan sencillamente con el dolor de las familias?

Y cuenta que las obras del cementerio de Lavandera están totalmente terminadas, incluso con la puerta, y esta vez ni siquiera tenía el cura el fútil pretexto del pasado mes.

Con semejantes procedimientos, donde sólo impera el capricho de un ministro del Señor, no es como se cultivan las almas ni se inculca en ellas la bondad y la justicia que predicó el martir del Gólgota.

Resígnese el buen Padre á dar por perdido su antiguo y omnímodo periodo de mando; que si en ello influyen los tiempos modernos que también llegan á las aldeas, no ha tenido menos parte en el cambio de cosas su conducta de tantos años, durante los cuales no era precisamente el amor y la justicia lo que se predicaba por aquella parroquia.

Así se concibe que el noventa por ciento de los vecinos de Lavandera, cansados ya de sufrir los caprichos é intemperancias de su párroco, hayan elevado al obispo un respetuoso mensaje, pidiendo el traslado del cura, para que en la parroquia vuelva á reinar la tranquilidad que tanto anhelan.

En ese mensaje se hace historia retrospectiva, y se enumeran las hazañas del famoso cura de Lavandera.

Leímos el documento, y recordamos que en él se citan, entre otros muchos, estos dos casos.

Relación de vecinos que han muerto sin los auxilios espirituales, porque el cura no estaba en la parroquia, y si estaban acudía cuando el enfermo había fallecido.

Intervención del cura en los pleitos de los feligreses, no para poner paz y llevarles á un arreglo, sino para aprovechar su influencia en favor de uno determinado y hasta instruirle los testigos que habían de deponer en autos.

Verdaderamente, sóbrales razón á los vecinos de Lavandera para pedir que vaya á mirar por sus almas otro pastor que atienda más á su sagrado ministerio, y menos á las mundanales cosas.

Y por interés de la misma religión hace falta el traslado, pues por lo que vemos, ni á misa de precepto asistirán aquellos vecinos.

Ni que estuviera de acuerdo con los radicales el cura de Lavandera.

*El Noroeste*

Gijón.

## CIENCIA Y RELIGION

Por Malvert

85 grabados.—Precio, 1 peseta.

## Tarjetas postales

Cuatro colecciones de diez cada una, á 50 céntimos. Tormentos de la Inquisición.



## ARTÍCULOS FIAMBRES

### Comentario al Código

Lo único extraño que se ve en la habitación, es un abonaré de la Caja de Ultramar pegado por sus cuatro puntas á la pared; los muebles, los cacharros y la cama que medio se entreven en la oscura alcoba son tan mezquinos y se hallan tan deteriorados, que no merecen ser descritos.

Sentadas junto al hogar en que arden unos sarmientos que contrarrestan en parte los efectos del frío, muy intenso á causa de la mucha nieve que ha caído aquella tarde, están sentadas cuatro personas: dos niñas, de ocho años la una y la otra de cinco, que se miran de vez en cuando sin atreverse á romper el silencio, en tanto que la madre pone los ojos en una imagen de la Virgen de los Desamparados colocada en tosco marco; el padre tiene la frente apoyada en la mano izquierda.

Rumor confuso de voces, cánticos é instrumentos llega desde el anochecer á aquella pequeña casa, situada á un extremo del pueblo, repercutiendo tristemente en el pecho de la desventurada familia que lleva mes y medio de mortíferas privaciones por falta de trabajo; rumor al que responden los movimientos nerviosos del hombre, los sollozos comprimidos de la mujer y las miradas angustiosas de las niñas.

De pronto, y en un instante en que el rumor se convierte en estrépito, levántase bruscamente el padre, como quien acaba de adoptar una resolución largo tiempo combatida, y sale á la calle sin que nadie se atreva á preguntarle adónde va. Y no bien ha salido, la madre, atrayendo á sus hijas y estrechándolas fuertemente contra su pecho las besa, y comienza á explicarles, respondiendo á sus preguntas, lo que aquella algazara de sus convenciones significa.

Y les habla, á su modo, de un Dios que nació aquella noche (el 24 de Diciembre) en miserable establo, que amó mucho á los pequeños y á los débiles, y murió en afrentoso patíbulo, sellando con su sangre un pacto con los que han hambre y sed de justicia.

Aquello, relatado en rudo estilo y gran desorden cronológico, hace que los ojos de las niñas se animen y que sus labios pálidos y secos murmuren palabras de esperanza, creyendo ver entrar á cada instante á los pastores de que su madre les habla cargados de ricos presentes enviados por aquel Dios tan amante de los pequeños y de los pobres, y olvidándose del hambre y del frío hasta el extremo de palmoear alegremente cuando el ruido de voces é instrumentos se acentúa.

En uno de estos momentos entra el padre, jadeante y sudoroso, y deja caer sobre la mesa dos panes, una gallina y un racimo de uvas, á lo cual se abalanzan todos con la falta de formas que inspiran varios días de ayuno; y entre bocado y

bocado, la madre les sigue hablando de la Providencia que vela por sus criaturas, como acaba de hacer por ellas; poética y consoladora idea que encuentra eco en el corazón de aquellas inocentes.

Acabada la comida, sabrosa como venida del cielo, se retiran todos á descansar, no sin que antes la madre se arrodille con una hija á cada lado ante el cuadro de la Virgen, y cruzando las manos entonen la oración ferviente y sencilla que contrasta con las voces enronquecidas y los báquicos gritos que los dichosos lanzan pa á celebrar el nacimiento del que amaba á los pequeños y consolaba á los desgraciados.....

A las siete de la mañana del día 25 llaman desacompañadamente á la puerta de la casa en que na lie pensó la noche del 24; ábrele el licenciado de Ultramar que tiene un crédito contra el Estado de 367 pesetas, y se encuentra con una pareja de la Guardia civil que lo conduce á presencia del juez municipal y desde allí á la cárcel, porque la huella de sus pies en la nieve le acusa de haber cometido un robo la noche anterior.

Y mientras sus hijas, dormidas aún, acarician los sueños rosados y azules que el relato de su madre les inspiró, él se prepara para ir á presidio por dos años y cuatro meses, pena marcada en el Código al que recba sustancias alimenticias por menos valor de 25 pesetas, en casa habitada, de noche, escalando un muro exterior y llevando un arma.

1883

### Cuadros de invierno

Cada vez que veo por esas calles un mozo robusto que lleva sin avergonzarse el sayal del fraile, me pregunto: «¿En qué rincón de la isla de Cuba yacerán los restos del infeliz que fué al servicio en el pueblo de ese, por carecer de 1.500 pesetas?»

Cuando en estas mañanas frías tropiezo con un montón de muebles que reclaman una cerilla por lo deteriorados, pero que constituyen toda la propiedad de una mujer que llora y de unos niños que tiritan á su alrededor, muebles y seres humanos arrojados á la calle por desahucio, pienso en los centenares de confortables conventos levantados en la capital de España, y reniego de la caridad que da al fuerte lo que niega al desvalido y á la holganza lo que corresponde al trabajo.

Al leer un anuncio de venta de fincas embargadas por débitos de contribuciones, se me representa el cuadro del campo yermo, la casa deshabitada, los aperos de labranza arrinconados, los brazos de los hombres cruzados sobre el pecho, las lágrimas de las mujeres helándoseles al resbalar por sus mejillas, las manitas de los niños amoratadas, sus piecitos sangrando y sus bocas pidiendo pan, mientras de allá, de aquellos soberbios edificios, salen vapores que denuncian marjares suculentos, bebidas espirituosas y fue-

go reparador, todo destinado á hombres sanos que á nada útil se dedican.

Siempre que pasa por mi lado uno de esos ángeles de la caridad con toca, ya á pie, ya en coche, bien alimentada, bien vestida, acude á mi memoria el recuerdo de tantas madres helándose por esas buhardillas, desesperadas al ver que sus hijos lloran de hambre, sin fuego en su hogar ni siquiera pan duro que roer, casi descalzas, medio desnudas, y teniendo que romper el hielo en la vasija donde conservan el agua para saciar la sed que les produce la calentura.

Y al ver y pensar en todo esto, algo iracundo se levanta en mi pecho que me impide condenar con mucha dureza las falias, los delitos y hasta los crímenes de los que tanto lloran, tanto sufren, tan desesperados viven...

1897

### El animal hombre

¡Cuánto he gozado estos días de Navidad!

Puesto en acecho frente al escaparate de una tienda de esas que exhiben pollos, capones, faisanes, fiambres, dulces, etcétera etc., vela acercarse á diferentes tipos divorciados de la moneda y pararse á contemplarlo.

¡Qué caras! ¡Qué gestos! Mozo había que de buena gana hubiera envenenado aquellos comestibles con la mirada, para que reventasen aquellos á quien estaban destinados.

Algunos, sin embargo, aparentaban no fijarse al pasar; otros miraban de reojo; muchos se paraban un momento aparentando estar hartos.

Sólo una mujer con un monigote entrapado al pecho hizo algo que por hambre podía traducirse, al apartarse sollozando porque una chicuela agarrada á su saya, y que probablemente sería también hija suya, le señalaba con el dedo no sé qué.

De mis observaciones saqué esto en limpio:

El hombre es el ser más cobarde de la creación. Póngase á cualquier animal frente al alimento de su preferencia, y como tenga hambre se abalanzará furiosamente á él.

Felicitémonos de esa cobardía, sin la cual sería imposible conservar este orden admirable que garantiza la hartura de unos cuantos á costa de la vida de muchos.

1898

### La celda núm. 7

por José Nakens

Precio: DOS pesetas

LIBROS A DOS PESETAS

«Cuadros de miseria», «Degradaciones y cobardías», «Cartas y dedicatorias», «Mi paso por la cárcel», «Humorismo anticlerical», «Puñado de ironías», todas por Nakens.



# Los obispos

por  
ROBERTO ROBERT

de Iglesia, tenía la audacia de creerse entendido en puntos tan delicados, así como ahora recientemente han lamentado muchos sacerdotes que algunos hombres de levita se metiesen á explotar las suscripciones de los periódicos católicos.

Eusebio tuvo que callar, pues las autoridades civiles, los bárbaros, se pusieron de parte de Nestorio.

Volvió á reinar la paz.

Pero viendo que aquella opinión herética iba pareciendo á muchos tan buena como la divina revelación, el obispo de Alejandría que se llamó Cirilo, tomó cartas en el asunto contra Nestorio; calentáronse al fuego de su celo muchos sacerdotes al ver que el error les enajenaba las simpatías y los tributos de los fieles, y se armó piadosamente la gorda.

Dice Cantú que la nueva excisión se sustentó «con el auxilio de intrigas, sugerencias, favores de corte, tumultos populares y agitaciones monacales.»

Esto parece no puede menos de ser una excepción.

Si exceptuemos este período de los buenos tiempos, y convengamos en que fué un suceso impropio de aquella época de pureza, de fe, de amor á la tradición, de propaganda evangélica y de independencia de la Iglesia; convengamos en ello; yo por mi parte estoy dispuesto á conceder que la cosa no tiene importancia, y para no despertar en la plebe dudas ni menosprecio á los primeros obispos y á los gloriosos tiempos de la Iglesia, diré en letras de molde que la herejía duró poco; que casi no tuvo partidarios, y que hasta fué un gran bien para la humanidad.

¿Puedo hacer más?

El obispo Barsuma puso escuela de herejía, cuya falsa doctrina se derramó por Siria, Persia y Mesopotamia; es cierto.

Se equivocó en el fundamento; pero en cuanto á eficacia, á laboriosidad, á buena intención, ¿quién no admira á aquel gigante mitrado?

Tan persuadido estaba de que la herejía nestoriana era útil, que consiguió del rey de Persia que desterrara de sus Estados á los cristianos griegos, y nombrara patriarca de Seleucia á un compañero suyo.

Y todavía impera allí aquella herética doctrina para demostrar al mundo que las obras episcopales son obras sólidas, aun cuando puedan contener alguna imperfección.

¡Qué glorias allí para la religión del Crucificado!

No había seguridad personal en medio de aquellas peleas; no había vida segura.

El emperador Honorio, á pesar de que no era teólogo ni Papa, quitó los privilegios á los donatistas: esto lo primero. Después les prohibió que se reunieran bajo pena de la vida, ni más ni menos que se había hecho en Roma con los primeros cristianos.

Aquí dieron los obispos otra prueba del ardor y el acrisolamiento de su fe.

Al oír lo de pena de la vida, muchísimos de ellos se apresuraron á quitar, borrar y aniquilar aque la parte de sus creencias que podía ser ocasión de gran disgusto para su familia, y quedaron tan pulcros y ortodoxos que daba gloria mirarlos.

Y aún habrá quien defienda la abelición de la pena de muerte! ¡No! La historia sagrada y la historia política demuestran que á no ser por ese justo aunque duro castigo, aquellos obispos habrían perseverado en sus errores: lo que no habrían podido en ellos la palabra del Divino Maestro y la inspiración del Espíritu Santo, lo pudo la amenaza del emperador, que era un seglar como una loma.

Y en el mismo error vivieron, pero constantes é inquebrantables, el arzobispo de Samarcanda, el obispo de Casgar y otros muchos; y así que se intitulaba católico y residía en Babilonia, dependían nada menos que dos docenas y pico de metropolitanos.

¿Y qué? Si esos hombres hubieran sido cristianos rasos, habrían conseguido extender tanto y dar tanta autoridad á la doctrina de Cristo, ya la hubiesen exhibido pura en los mercados religiosos, ya la hubiesen expuesto á la ley de la oferta y el pedido, tan averiada como estaba la de Nestorio y sus sectace?

Evidentemente no: era necesario ser obispo para alcanzar un resultado que, si bien desde el punto de vista de la buena doctrina puede calificarse de pernicioso, desde el punto de vista de las falsas religiones no deja de ser un triunfo para el cristianismo y sus imitaciones.

Obispos fueron los que, herejes ó no, sostuvieron la buena causa en Grecia; obispos fueron los que en Africa excitaban el glorioso celo, no sólo de San Agustín, con quien disputaban desde sus cómodas sedes, sino el celo de todos los cristianos íntegros, en sus luchas á mano armada.

Pues, si señor; aquel año, que era el de 411, se celebró una reunión de obispos en Cartago.

Como eran tantísimos los que habían abandonado la herejía donatista, la mayoría resultaba ser católica neta.

San Agustín, aquella lumbrera del catolicismo, vió cuáles eran los más y cuáles los menos, y dijo:

—Vamos á reunirnos todos, vamos á

disputar, vamos á votar, y lo que acuerde la mayoría, aquello será obligatorio para todos.

Y, en efecto, acudieron allí doscientos ochenta y seis obispos católicos.

Y como aun en aquel período, aun siendo lamentable, la herejía no había hecho los estragos que hoy, los obispos herejes que acudieron fueron pocos: no pasaron de ciento setenta.

Total, cuatrocientos cincuenta y seis obispos.

¡Qué golpe de vista!

Los católicos ganaron la votación, como debían ganarla.

Hagámonos observar de paso, como muestra de la divinidad de esa Iglesia, que allí donde sus partidarios están en mayor número, triunfan siempre en las votaciones, sin que ese prodigio se vea desmentido una sola vez en el curso de los siglos, y sólo padece su causa cuando la fuerza brutal numérica es superior en sus adversarios.

¡Ah! La contemplación de la Iglesia y del episcopado en aquellos siglos es un deleite superior al que proporciona el sorbete de coco en lo más empingorotado de la canícula.

Los gnósticos atacan á Dios Padre, los arrianos á Dios Hijo, los nestorianos á la Virgen Madre: toda la Sacra Familia anda en pleito acá en la tierra, pero permanece inalterable en el cielo, y no se presenta á juicio segura de que la pequeñez del hombre se estrellará en lo infinito.

Y si no fué por eso fué por otra cosa

Quien pasó mal rato fué el pobre Papa Zósimo.

Los obispos católicos reunidos en Cartago habían condenado al tarambana Pelagio.

Este se presentó al Papa con una falsa declaración de sus doctrinas.

El Papa las dió por buenas y le declaró cristiano y católico de veintitres quilates, y hasta regañó á aquellos obispos que le habían arrojado del seno de la Iglesia.

Los obispos reclamaron y dieron voces de que en aquel punto la infalibilidad del Papa era una ídem, y que debía haber condenado á Pelagio.

El aturullado Zósimo le condenó y se quedó tan Pontífice como antes; pero los badulaques que habían abrazado la doctrina de Pelagio por haberles dicho el Papa que era buena, fueron desterrados por el emperador.

Así se arreglaba bien todo entonces, particularmente cuando eran obispos los que lo arreglaban todo.

Cuando Eutiquio, que era un pobre abad, condenó la herejía de Nestorio, incurrió el pobre en un error que podría

(Continuará).